AGUILO

RIMAS

VARIAS

F. J.

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0563
0500765026

RIMAS VARIAS

DE

D. TOMAS AGUILÓ.

Gratia Musa tibi: nam tu solatia præbes:
Tu curæ requies, tu medicina venis.
Ovid. Lib. IV. Eleg. X.

TOMO I.

PALMA.
IMPRENTA A CARGO DE D. JUAN GUASP.
1846.

Es propiedad del autor.

Prólogo.

Obra de puro entretenimiento que no de estudio es la que ofrezco á mis lectores; y temo no sea darle un aire de sobrada importancia, si la pertrecho de advertencias preliminares como para ponerla á cubierto de una crítica severa. Superficial y frívola de suyo, y conforme en esto con la mayor parte de lo que en España se publica, tal vez llame la atencion por un momento para caer luego en olvido; que si bien no es este el galardon en que soñamos los noveles escritores, precisamente es la suerte que mas tarde ó mas temprano ha de cabernos. El aura popular que nos trae desvanecidos, tiene mucho de fugaz y veleidosa: por lo comun basta poco para agitarla, y poco para vol-

verla á su quietud y sosiego; asi el que mas bien librado sale es quien difiere por algo mas de tiempo su inevitable caida. Ni es cosa de fácil logro desarrugar el ceño de los descontentadizos, ó prevenir el juicio de los mas avisados: salir al encuentro á reparos de quisquillosos, es ahorrarles la mitad del camino; y confesar ingenuamente los defectos, es querer apuntalar el deseado renombre con una modestia que tiene visos de afectada.

Pero acaso me pregunten, por qué, á vueltas de algunas inéditas, reimprimo estas poesías, honradas lo bastante con haber salido á luz en periódicos de excelente nota, como si de tal coleccion esperase duradera fama; y la respuesta que anticipo á buena cuenta se limita al deseo de probar una satisfaccion semejante á la de un padre de numerosa y dispersa familia, que en dias señalados acostumbra verla reunida á su mesa.

Ha conducido tambien á mi propósito el pensamiento de que en nuestra isla apénas ha sido cultivada la poesía como hija de la imaginacion y del sentimiento. Dejando aparte lo escrito en el dialecto del pais, las sueltas y escasas producciones que andan impresas en lengua castellana, debidas en su mayor parte á públicas ó privadas cir-

cunstancias, y perdidas ahora entre la prosa de los libros ó en solo descuadernadas hojas, muestran mas bien haber sido efecto de momentánea aficion que resultado de una ocupacion literaria. Y si no se toman en cuenta las composiciones mas ó ménos bien rimadas que ha producido el sentimiento de piedad y no la centella del ingenio, ni las que están expuestas á completo olvido por no haber salido todavía de los manuscritos á que las confiaron sus modestos autores; creo será lícito decir que entre nosotros apareció en público la poesía juntamente con el periódico *La Palma*. Despertóse entónces una aficion mas general á este ramo de la literatura, y jóvenes de muchas esperanzas comenzaron á abrigar en sus pechos el entusiasmo de la inspiracion. Mas ninguno de nuestros escritores antiguos ó modernos ha impreso por separado un volúmen de versos castellanos; y pues que hacerlo conviene para que mi patria tenga sus representantes en el parnaso español, heme animado á tentar fortuna, confiado en que mi ejemplo será estímulo y causa de mejor suceso, y que pronto encontraré compañeros que me dejarán rezagado en la senda que piso el primero.

Por otra parte, juzgando esta coleccion

bajo el aspecto moral y religioso, algo útil la creo por la simple razon de no ser perniciosa como un crecido número de sus contemporáneas. Años hace que en el vecino reino un gran poeta de fácil y abundante vena, de rica imaginacion y sensibilidad exquisita, se levantó en medio de una generacion incrédula para ser el cantor del sentimiento religioso: la suavidad de sus modulaciones era digno intérprete de la sublimidad de sus conceptos: cuantos alzaban todavía sus ojos al cielo abrieron los oidos, y cuantos le prestaban oido se vieron como precisados á enderezar sus ojos al cielo. Mas, pronto la vaguedad de sus ideas y el atrevimiento de sus creaciones dieron á conocer que aquellas solemnes armonías no eran el himno de una alma noblemente sometida al yugo de la fe, y temerosa de tocar con un solo dedo el arca santa que contiene el depósito de las verdades reveladas; eran sí, las aspiraciones de un corazon espansivo y naturalmente cristiano, que poco á poco se involucraban en las filosóficas aberraciones de un espíritu codicioso de vagar sin guia en la impenetrable region de los misterios. Su primitivo pensamiento y sus lamentables estravíos han tenido mas de un eco en nuestra península. Algunos han

pensado que alcanzarian voga á sus poéticas inspiraciones tiñéndolas de un barniz religioso, y al postrarse delante del Ser eterno, y al dirigirle humildes plegarias, y al contemplar las maravillas de la creacion, hanse abandonado á un deismo sentimental y empalagoso, ó han formulado á medias un cristianismo de nuevo cuño, dando márgen á sospechar, por lo incompleto y escéptico de sus ideas, lo flojo, indeciso y arbitrario de sus creencias.

Otros como que hayan pretendido que las leyes de la moral y del público decoro no se entienden con los que presumen estar dotados de brillante ingenio; han aparentado creer que la medida y el consonante eran un salvo conducto para esplayar sus mas lúbricas pasiones; han atribuido al amor un fatalismo ciego, omnipotente, irresistible. ¿Y cuál suele ser este amor que describen tan imperioso, tan volcánico, tan delirante, este amor que roba á los ángeles sus alas y sus deleites al paraiso, este amor que todo lo absuelve y santifica? Es el instinto que equipara el hombre al irracional, es la pasion materializada, la concupiscencia de los sentidos.

Estoy para mí que por ninguno de esos lados han de achacárseme los peligros del

mal ejemplo. Creyente humilde y sincero, borraria con mi sangre toda expresion ménos conforme con la enseñanza que recibí desde niño; y conocedor de lo importante que es llevar por buen camino las pasiones juveniles, mal me supiera abrir una senda á sus desbarros. Es verdad que en esta coleccion hay bastantes páginas inspiradas por el amor; pero si en ella empiezo por bosquejar sin órden alguno la sencilla y poco variada historia de mi corazon, hubiera sido dejarla incompleta cercenar las impresiones que hallarán mas simpatía en el comun de mis lectores. Es el amor la fuente mas fecunda de poesía, y siendo puro el manantial, tersas y cristalinas serán tambien sus aguas, miéntras que en arenoso cauce no pierdan su nativa transparencia.

Lo que tal vez se me achaque, y no sin aparente razon, es el tono plañidero que domina en mis composiciones. Como ha sido una moda llorar en verso, natural es imaginarse que yo he llorado tambien por seguir la moda; pero por mi desgracia como hombre, y por mi ventura como poeta, ese colorido melancólico no es ficticio ni convencional. Aunque las tempestades de la vida no se hayan desencadenado en torno mio, ni vaivenes de fortuna me hayan he-

cho sentir crueles agitaciones, ni hayan turbado mi sueño pasiones frenéticas ó importunos remordimientos; una fuente de amargura ha destilado gota á gota sus aguas en mi corazon, y teniéndolo asi doliente mal podia ser risueña la ingenua expresion de mis íntimos afectos. Y no es tampoco que haya devorado mi pecho esta ambicion fatal de nuevas sensaciones, esta sed rabiosa de mas exquisitos placeres, causa probable de lo que tienen de verdadero tantas lágrimas que inundan la moderna poesía. Nó, mis ilusiones nunca han sido gigantescas: poco mas ancho que el de mis esperanzas era el círculo de mis deseos: con poco hubiera sido dichoso; con poco se hubiera contentado el que se estusiasmaba por unos cortos momentos de insignificante coloquio, y veia en ellos la hora mas feliz, la única feliz de su vida. Yo no he nacido poeta: debo á mi tristeza lo que en esta parte he conseguido; y si promete la poesía una efímera corona, harto cara decirse puede que la he comprado.

Acerca del estilo de estos mis pobres ensayos no sé si habré acertado, desechando lo que se llamaba lenguaje poético y cuidando de ajustar el metro á las usadas reglas de la gramática. He creido que el vo-

cabulario del verso era mas reducido que el de la prosa, pero no diferente. Conciliar la naturalidad con la armonía de la frase y la claridad con la nobleza de la idea ha sido mi anhelo, aunque no siempre lo habré conseguido: las trabas de la versificacion, mi inexperiencia y tambien mi descuido, es factible que me hayan apartado bastante amenudo de la senda que me habia propuesto.

Si una crítica algo severa hubiese presidido en la eleccion de estas piezas, pocas páginas contaria el volúmen que presento al público, y aun tomándolo con ménos rigor parece que debian descartarse algunas por no encontrarse al nivel de sus hermanas. Pero en semejantes composiciones cabe amenudo un interes particular muy distinto de su valor literario, y puede muy bien el poeta profesar especial cariño á ciertas producciones que no son las pruebas mas relevantes de su ingenio. El recuerdo que encierran vale tanto como los aplausos que no merecen; y si es justo que el escritor público se atenga en cuanto sea dable á los diversos gustos de quienes han de leerle, justo es tambien que estos consideren que el autor mismo es uno y el primero de sus lectores.

Indice.

	Pág.
A mi palomita	1.
La pastorcilla desdeñosa	25.
Lágrimas perdidas	30.
A un jacinto	35.
A Dolores C. en sus dias	37.
Pobre cieguecito!	40.
Una hora feliz	42.
Doble símil	44.
Amor silencioso	46.
Un recuerdo	50.
Tu mirada	54.
Ausencia	59.
Mas lágrimas	66.
No mas amor	71.
El ángel y el peregrino	77.
La golondrina	85.
A la luna	88.
Los ojos y el corazon	90.

La rosa . . . . . 94.
Un desengaño . . . . . 97.
A la muerte de D. Miguel Homar. 102.
A D. Francisco Muntaner . . . . . 109.
A D. Miguel Peña . . . . . 119.
A D. Francisco de Paula Forns. . 123.
A Dª Victoria Peña . . . . . 128.
A D. Pablo Piferrer. . . . . 135.
El retrato del poeta. . . . . 149.
La voz de Dios. . . . . 160.
Paz y agitacion . . . . . 167.
Resignacion . . . . . 183.
Aridez. . . . . 188.
Tristeza. . . . . 194.
Al ángel custodio . . . . . 200.
El dulce Nombre de María . . . . . 207.
Las tinieblas . . . . . 210.
El vacío . . . . . 216.
A Napoleon Bonaparte. . . . . 226.
Abdiel . . . . . 239.
Los siglos ante Jesucristo. . . . . 251.

A MI PALOMITA

Odas.

Amica mea,
Columba mea.
CANT. CANT.

I.

Injustos desdenes
mi pecho contristan,
y para consuelo
acudo á mi lira.
Amor y querellas,

rigor y caricias
expresan en vano
las cuerdas movidas.
Dulzura les falta,
les falta armonía,
y su áspero tono
mis duelos irrita.
Se enervan mis dedos,
mi voz desafina...
sentir sé mis penas,
y no describirlas.
Á qué mas endechas?
Mas digno seria
que en verso enunciara
sublimes doctrinas.
¡Favor á mi empresa,
ó musas amigas!...
Ah! cuerda tan grave
no tiene mi lira.
Cantar pues deseo
en sonantes rimas
las mejores lanzas
de la patria mia...
¿Cuál genio funesto
contra mí conspira?
Yo hiero las cuerdas,

las hiero y no vibran:
Del mudo instrumento
ruedo las clavijas,
y tiesas y flojas
vana es mi porfía.
Mudemos asunto:
á ver si concita
la sátira leve
enojo y sonrisa.
Mis versos burlones
al vicio acribillan...
Qué es esto? Quebróse
la cuerda que heria.
Ah! justo castigo,
pues solo debia
á mi fiel Paloma
consagrar mi lira.

II.

La mi Palomita,
amable y gentil,
con fiestas y arrullos
vuela en pos de mí.
Ella es tan hermosa
cual lo es en abril

aurora ceñida
de nieve y carmin.
Su liso piquito
iguala al rubí,
su blanco plumaje
excede al jazmin.
Mas yo la conozco
revuelta entre mil
por sus dos ojuelos
de claro zafir:
Ellos me prendaron
desque yo la vi,
y obligan al labio
á que exclame así:
Mi linda Paloma,
no quieras huir,
seré yo tu dueño
dichoso por ti.
A par de mí posa;
así tierna vid
es gloria del olmo
en verde jardin.
Tegiréte un nido
de mimbre sutil
que no de tu pluma
deslustre el matiz.

Tendido en mis palmas
el rojo maiz,
sus granos sabrosos
picarás allí.
Serás siempre mia?
harásme feliz?
y con vuelecicos
responde que sí.

III.

Ninfa soberana
de inmenso prestigio,
que cambia de aspecto
mas que el lunar disco,
Á mí se presenta
con rostro propicio,
y díceme: escoge,
muchacho, un destino.
Tuyo es aquel soto
y valle sombrío
si mueven tus ansias
sus frutos opimos.
¿Codicias la viña
del campo vecino,
ó bien la pradera

orillas del rio?
Hervirá en sus cubas
licor exquisito,
ganados sin cuento
cerrará tu aprisco.
Si gustas de viajes
daréte un navío:
verás cosas grandes,
cien reinos distintos.
Tal vez los tesoros
tengan atractivo...
Yo soy la Fortuna
si anhelas ser rico.
Si de alto renombre
aspiras al brillo,
así como el oro
la gloria prodigo.
Las ciencias te placen,
el verso es tu hechizo;
pues no han de faltarte
ni musas, ni libros.
Daréte una lira
de marfil bruñido,
arderá en tu mente
un fuego divino.
Cantarás las lides,

y el amor sencillo,
y entónces mil bellas
serán tu cariño.
Nó, nó, la respondo,
tus dones no admito,
mi Paloma quiero,
mi Paloma digo,
Que es blanca y graciosa,
y sus ojos vivos
hechizan el alma
y el corazon mio.

IV.

Lisonja del oido,
armonía grata,
tambien en los campos
difundes tu magia.
El hozco silencio
de la noche opaca
veloz desparece
al brillo del alba.
De las avecillas
alegre bandada
mil trinos aprende,
mil trinos ensaya.

El mirlo canoro,
la alondra pintada,
sus gozos exprimen,
sus quejas exhalan.
Su voz ya requintan,
su voz ya desmayan,
y mil quiebros forma
su tierna garganta.
Si leve momento
sus picos se paran,
despues con mas brio
renuevan la salva.
El valle desierto,
la enhiesta montaña,
de su melodía
los aires trasladan.
¿Y quién su gorjeo
al tuyo compara,
ruiseñor precioso,
hechizo del alma?
Cantor de las selvas
natura te aclama,
felice es el clima
en que el nido labras.
Las aves mas diestras
á ti rinden parias;

ninguna te excede,
ninguna te iguala.
Ni el dulce sonido
de lira acordada,
ni la voz mas dulce
de jóven zagala.
El eco remeda
sensibles tonadas
cuando el vivo fuego
del amor te abrasa.
Cuando voloteas
por las verdes ramas
tus dulces gorjeos
tu ruta señalan.
Y cuando afanosa
tu consorte amada
al tierno gemido
acude liviana;
¿Quién de tus requiebros
no admira las gracias?
A quién no embelesan
cadencias tan varias?
Solo á mí, que el oido
en vano me halagas,
pues de mi Paloma
los arrullos faltan.

V.

Soñé que litigio
armaban tres diosas
por llevarse en cambio
mi linda Paloma.
Pretende por reina
de Jove la esposa:
por bella pretende
Vénus seductora:
Confia en sus flechas
la hija de Latona:
todas tres porfian,
todas tres se enojan.
Al fin, de vencerme
cada cual blasona
tan luego que en premio
sus dones proponga.
Un pavon soberbio,
de espléndida forma,
que el manto del cielo
en sus plumas copia,
Trasunto es del íris
su variada cola,
y todo él ostenta

de Juno la pompa.
De Diana era oferta
matizada alondra,
por sus trinos dulce,
por su pluma hermosa.
Sus ninfas la vieron,
al verla se gozan,
oyeron su canto,
el placer redoblan;
Y luego en las redes,
que tienden mañosas,
con traidor reclamo
la incauta aprisionan.
Entónces las dice
la hija de las olas:
"Dejad la contienda,
sí, dejadla, ó diosas:
¿A par de Citéres
qué valeis vosotras?
Un cisne daréle
que tira mi concha..."
Mas yo remedando
su voz orgullosa,
parezco y repito
con risa burlona:
Dejad la contienda,

y dejadla todas,
pues que solo mia
será mi Paloma.
Blanca es como el cisne,
cual pavon airosa;
y excede su arrullo
al trino de la alondra.

VI.

Bella Palomita,
mi solo deleite,
¿en qué mis caricias
y mimos te ofenden?
¿Por qué mis amores
pagas en desdenes,
y contra mi pecho
así te revuelves?
Sacudes tus alas
esquiva, impaciente,
y con tu piquito
el dedo me muerdes:
Tus dulces arrullos
en iras conviertes,
chispean tus ojos
de color celeste:

En vano me curo
de ti diligente,
mi afan y desvelos
tú nunca agradeces.
Yo clara te pongo
el agua que bebes:
yo limpio tu pluma
con mano muy leve;
Y tú mis cuidados
olvidas? ¿Qué veces
comiste en mis palmas
del trigo reciente?
Qué veces mi pecho
sirvióte de albergue?
Qué veces mi aliento
bañó tu copete?
¿Y ahora á mis voces,
ingrata, no vienes,
ni aceptas mis granos,
ni mis besos quieres?
Ah! no para huirme
inquieta forcejes,
ni al verte cautiva
tu plumaje encrespes;
Tu lindo plumaje,
que en candor excede

al cáliz del lilio,
al ampo de nieve.
No es cárcel horrible
la jaula que tienes,
ni es crudo tu dueño,
ni infeliz tu suerte.
¿Qué mal, dí, te he hecho,
que huirme pretendes?
qué bienes aguardas
cuando libre fueres?
¿Do hallarás un dueño,
cuando á mí me dejes,
que cual yo te halague,
que cual yo te aprecie?

VII.

En mi jardincillo,
tendido en la yerba,
cogióme durmiendo
la noche mas negra.
Las nubes entoldan
á trechos la esfera,
la lumbre no brilla
de miles de estrellas;
Un grupo flotante

de sombras mas densas,
de la hermosa luna
el brillo intercepta.
Así tal vez cubren
las hojas revueltas
de un rosal antiguo
su rosa mas bella.
Despierto, y confuso
en tanta tiniebla
á mi pobre lecho
diríjome á tientas.
A mi primer paso
leve rumor suena,
paréceme cosa
que allí volotea.
Estiendo las manos...
¿cuál fué mi sorpresa
cogiendo unas alas
mas suaves que felpa?
Empero una herida,
cual de cruda flecha,
en mis dedos siento;
sin soltar la presa,
«Amor! clamé luego:
Amor, deidad ciega,
caiste en mis manos,

bien haya tu venda.
Cautivo eres mio,
pondréte cadenas;
ni te valdrán alas,
ni mortal saeta.»
En tanto el impulso
de brisa ligera
remueve las nubes
haciendo una brecha.
La luna su disco
asoma por ella,
y á su luz conozco
que el Amor no era.
Era mi Paloma,
que vagaba suelta;
mi fiel Palomita,
mas que el Amor bella.

VIII.

De dos tristes dias
corrieron las horas
sin que yo cuidase
de mi fiel Paloma,
Ni la compeliera
á que juguetona

montase en mis hombros,
besase mi boca:
Y la cuitadilla,
de mí quejumbrosa,
morir viera un dia
y otro dia sola.
Conocí mi falta
la tercer aurora,
y al palomar luego
corrí con zozobra.
Halléle desierto,
y una verja rota
por do se escapara
mi linda Paloma.
Cruda fué mi pena,
mortal mi congoja,
temiendo perdida
mi mas rica joya.
Y al tender al cielo
mi vista llorosa,
vide una avecilla
que el vuelo remonta.
Su volar ligero,
su agraciada forma,
sus cándidas plumas...
era mi Paloma.

Ingrata! la dije
con voz lagrimosa;
¡tan fuerte castigo
por culpa tan poca!
Torna al pecho mio,
mi querida, torna;
mejor que en tu nido
en él, ay! reposas.
Desciende á mi mano:
no es ella tu copa?
no te desgranaba
la rubia mazorca?
Decir mas no pude,
que ya cariñosa
con tiernos arrullos
me hacia lisonjas.
Sin duda quien ama
cual mi fiel Paloma,
si fácil se irrita
mas fácil perdona.

IX.

La concha de Vénus
ligeras deslizan,
asidas del cuello,

sus dos palomitas.
La mas juguetona
sacude por dicha
el freno de rosas,
las riendas de cintas;
Y al aura tendiendo
su pluma bruñida,
de Chipre abandona
las rientes orillas.
Al sentir su falta
la bella Ciprina,
la angustia del pecho
en sus ojos pinta.
Recorre en su busca
las cercanas islas
de aquel mar que fuera
su cuna mullida.
Los bosques de Idalia
que aromas respiran,
los templos de Páfos
do incienso la liban.
Ya corre afanosa
á su Gnido amiga,
ya cansada trepa
del Érix la cima.
Y tú, cara patria,

tambien te glorías
de que el alma Vénus
tu suelo visita.
Y á tus amadores,
y á tus bellas ninfas
pregunta si saben
de su palomita.
Ellos no la vieron,
y ella vió la mia,
y de su hermosura
quedó sorprendida.
La flor que recuerda
de su llanto el dia,
tal vez ménos bella
parece á su vista;
Y las blancas plumas
tal vez mas estima
que el color de sangre
del hijo de Mirra.
Olvídase pronto
de su fugitiva;
¿y qué son las suyas
al par de la mia?
Cuanto mas la observa
tanto mas la admira,
y prendada quiere

á su concha uncirla.
Cortés me la pide,
se la niego aprisa;
y en vano promete,
y en vano suplica.
Sordo á sus clamores,
duro á sus caricias,
ni ablandan sus ruegos,
ni arredran sus iras.
Yo vi correr llanto
por su faz divina...
mi pecho desmaya,
mis labios vacilan.
Entónces artera
un beso me aplica,
y yo enajenado
á consentir iba.
Mas ay! yo cediera
mi fiel Palomita?
¿qué valen sin ella
las mayores dichas?
¿En mis infortunios
yo triste qué haria
si el bálsamo entrego
que cura mi herida?
Vete, falaz diosa,

vete, mi enemiga:
no quiero tus dones,
ni besos encima.

X.

¿Huyes, Palomita,
de tu caro albergue,
y tus sueltas alas
cual zéfiro mueves?
¿Huyes, y me dejas,
y tu vuelo tiendes
á los yermos campos,
do ser libre quieres?
Ah! torna á tu dueño,
no cause tu muerte
la libertad misma
que ahora pretendes.
Torna á mí, no sea
que víctima inerme
del crudo milano
su pico ensangrientes.
Tú cruzas los aires
sin que el mal receles,
tú el vuelo remontas,
tú lenta desciendes;

Y los cazadores,
enemigos crueles,
encaran sus flechas,
descogen sus redes.
Y dado que burles
sus iras aleves,
si de mí estás lejos,
qué bien te prometes?
Gozar del verano
los dias alegres?
y del sol molesto
los rayos no temes?
Ver como natura
su faz embellece?
y qué habrá mas lindo
que tu álbor de nieve?
Ver prados con flores,
ver campos con mieses,
y el color dorado
nacer de entre el verde?
Mas vario es tu cuello
cuando el sol lo hiere
y el tinte refleja
de rosa y claveles.
Oir del gilguero
las voces endebles?

Tus tiernos arrullos
en gracia le vencen.
Un grano de trigo
podrá ser que anheles,
¿y los que comias
en mi mano pierdes?
¡Que por un charquillo
que el calor enciende,
de tu bebedero
el agua desprecies!
Ah! vuelve á tu dueño,
Palomita, vuelve,
que sin él hay riesgos
y en vano hay placeres.

1834.

LA PASTORCILLA DESDEÑOSA.

De voluntad tan esenta
qué medio se ha de esperar?
y ese corazon de piedra
cómo le podré ablandar?
Jorge Montemayor.

Si enternecer puede
mi amargo gemir
á la Pastorcilla
que alegra el confin,
saldrán de mis labios
mil ayes y mil.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Yo la vide hermosa
mas que nueva vid
que en pámpanos tiernos
sombrea el jardin.
La vide, y sin duda
hechizóme allí.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Cual hoja mecida
de un aura sutil,
movióse mi pecho
apénas la vi,
y el suyo insensible
quedó sin latir.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

El viento desgaja
al pino cerril,
las peñas carcome
del agua el desliz,
y á la su dureza
no ablanda el plañir.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

En un canastillo
que orné de alelís
contento ofrecíla
mi buen colorin,
y el don por ser mio
no quiso admitir.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Un lindo cordero,
blanco cual jazmin,
lleva un collarcito
color carmesí,
y en él recamado
su nombre feliz.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Un dia dejéle
dentro su redil,
y la zahareña
por verme afligir
al que era inocente
alanza el mastin.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Si llego y suspiro
se aleja de mí,
que no es tan ligera
la liebre en huir
del can que la acosa
en llano pais.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

El ave que trina
del alba al reir,
el ave nocturna
de agüero infeliz,
con lástima sienten
cual me quejo así.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Venid á mis ojos,
lágrimas, venid,
que yo engañado
un tiempo creí
que unirse podian
amar y reir.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

El amor es planta
de amarga raiz,
que solo florece
despues del gemir;
con lágrimas medra,
sin ellas ha fin.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

Esquivo es y odioso
el feo reptil,
hermosa y amable
la mansa perdiz;
y tú, Pastorcilla,
esquiva y gentil.
Ay pecho de roble!
Ay triste de mí!

LAGRIMAS PERDIDAS.

Enjuga, Filis, tus ojos
que el tiempo podrá curar
lo que no tú con llorar.
Luis Galvez de Montalvo.

Aunque dolor sientas,
hermosa, no llores,
que achaque de amores
no cura el llorar.
En vano atormentas
tus húmedos ojos,
gemidos y enojos
se aumentan al par.

Tu mente en mal hora
creyó de provecho
sentir en el pecho
la llama de amor:
Y al ver que devora
templarla querrias,
y bien que porfias
no mengua su ardor.

Creiste era gloria
y calma serena,
sin ver la cadena,
ni la tempestad.
Y apénas victoria
tu labio cantaba,
ya gimes esclava
por la libertad.

Soñaste un camino
de flores cubierto,
y en medio el desierto
agora te ves.
Y lloras contino
queriendo volverte,
mas para moverte
flaquean tus pies.

¿En dónde está el dia
que por la pradera
triscabas ligera
sin yugo de amor?
La memoria impía
con el bien ausente,
del mal que se siente,
duplica el dolor.

Tu antiguo contento
preves ya perdido,
y pides olvido
por todo placer;
Y á cada lamento
que das sin acuerdo,
renace un recuerdo
que inflama tu ser.

Oh! deja entretanto
al tiempo que vuele,
que quien te consuele
el tiempo será.
Su curso y no el llanto
estingue ese fuego,
y el dulce sosiego
volverte podrá.

Tu inútil angustia
no creas eterna,
con penas alterna
risueña la paz.
No llores que mustia
tu faz deja el llanto,
y eclipsa su encanto
sobrado fugaz.

Luceros del cielo
tus dos ojos eran,
y hoy no reverberan
su luz virginal;
Que injusto tu duelo
sus brillos empaña,
cual soplo que baña
la tez del cristal.

La lluvia improvisa
que la nube arroja,
las flores deshoja,
honor del jardin.
Así la sonrisa
que en el labio brilla,
así en tu mejilla
perece el carmin.

Ah! niña inocente,
tus párpados seca,
tus lágrimas trueca
en suave esplendor.
Que el lloro inclemente
parécese al agua
que moja la fragua
y aviva su ardor.

No engastes de perlas
tus ojos azules,
no mas acumules
riqueza tan cruel.
Que pena da verlas
á quien feliz fuera
si de ellas cayera
solo una por él.

Á UN JAZMIN.

Flor que de una mano bella
pasaste ayer á la mia,
el modelo
de tu forma es una estrella
y de tu color umbría,
la del cielo.
Flor cuyas hojas matiza
la luz pura y misteriosa
de sus ojos,
cuyo tallo no se eriza
como el tallo de la rosa
con abrojos.
Tal vez sola desperdicias
la fragancia embalsamada
de tu broche
al recibir las caricias

de la brisa regalada
de la noche.
Mas si una beldad arranca,
prendada de tus hechizos,
tu capullo,
y adornas su mano blanca
ó luces entre sus rizos
con orgullo;
No en valde entónces consumes
tus purisimos perfumes,
linda flor,
ni con perdido desvelo
copias del mar y del cielo
el color.
¿Por qué á mis manos veniste,
si viniendo á mí perdiste
mejor dueño?
¿Por qué fingiste mi gloria,
si mi dicha transitoria
era un sueño?
Si alménos, bello Jacinto,
hubieras sido un presente
de su amor.....
prenda de afecto distinto.
juguete eras solamente
sin valor.

A Dolores C.

EN SUS DIAS.

Por ver si consuelo inspira
recorren los trovadores
las cuerdas de dulce lira,
y sus amores
y sus dolores
pueden sin miedo cantar.

Yo al silencio condenado,
vencido de mis temores,
tierno amante desamado
ni mis amores,
ni mis dolores
puedo triste revelar.

Calle pues la lira mia;

mas no, que entre los albores
de tan grato y bello dia
de mis amores,
de mis dolores
la sombra destaca mas.

Ángel que en tierra reposas
cual del cielo entre fulgores,
hermosa entre las hermosas,
que sin amores,
que sin dolores
tus dias contando vas;

Felice tu vida sea
y tu camino entre flores,
y al encenderse la tea
de los amores,
de los dolores
no sientas la espina cruel.

La inocencia con su velo
cubra siempre sus ardores,
derrame su aroma el cielo
en tus amores,
y en tus dolores
mas esperanzas que hiel.

Mas si por desdicha un dia
del mundo los sinsabores
anochecen tu alegría,
y con amores,
y con dolores
rodar tus lágrimas ves;

Para entónces te suplico
que piadosa rememores
el cantar que te dedico,
y á mis amores
y á mis dolores
una lágrima les dés.

POBRE CIEGUECITO!

Traduccion del ingles Gobbley.

Oh! decidme qué es esto
que luz el hombre llama,
y en los ojos derrama
placer tan exquisito;
decidlo al Cieguecito
que nunca lo gozó.

Decisme que estais viendo,
estraña maravilla!
decisme que el sol brilla,
yo su calor sentia,
mas cómo forma al dia
no lo concibo yo.

Mis dias y mis noches
los hago á mi alvedrío
segun si duermo ó rio:
y si nunca durmiera
de dia siempre fuera
para el que luz no ve.

Oigo que de mi suerte
con profundos gemidos
os mostrais condolidos;
mas yo sufro paciente
la falta de un presente
cuyo valor no sé.

Ah! de mi fantasía
no turbeis la alegría,
que no es ley;
pues aunque pobre y ciego,
mientras que canto y juego
soy un rey.

UNA HORA FELIZ.

¿Y salvar ha podido
la valla de amargura
esta hora de ventura,
esta hora celestial?
Hora dulce, apacible,
riente, hermosa, serena;...
¿qué es un siglo de pena
si incluye una hora tal?

Grano ha sido de incienso,
que la brasa consume,
y exhala su perfume
en desolado hogar.
Breve cruz de oro y seda,
que radiante destaca,
sobre la tela opaca
que cubre negro altar.

Yerbecilla mojada
del humor matutino,
que encuentra el peregrino
en desierto arenal.
Arpa de oro, que un ángel
con diestra mano agita
para acallar la grita
de la turba infernal.

Rayo de luna hermoso
que la nube atraviesa,
y entre la sombra espesa
derrama claridad.
Fresco boton de rosa
que ostenta su hermosura
sobre la frente obscura
de difunta beldad.

Hora feliz! y acaso
el giro de los dias
otra á las ansias mias
conceder no querrá.
Hora fué de ventura,
y de ella mas no existe
que la memoria triste
de que ha pasado ya.

DOBLE SIMIL.

Elisa la bella,
la del talle airoso,
del fuego amoroso
no siente el ardor.

Jamas de sus ojos
que brillan de encanto,
desprendióse el llanto
del infausto amor:

Ni nunca ha movido
los labios de Elisa
la dulce sonrisa
del amor feliz.

Amante sin dicha
un jóven sencillo
le enseña un anillo
de rico matiz:

Elisa, profiere,
ves este diamante?
pues, ay! tan constante
será mi pasion.

Mas ella responde:
si indica firmeza,
tambien la dureza
de mi corazon.

AMOR SILENCIOSO.

Qué hermosa, ay cielos! qué hermosa
es la que mi pecho encanta!
Ángel es que aquí reposa,
y á la tierra hizo dichosa
al tocarla con su planta.

Y tal vez la tierra ignora
lo que poseyendo encierra,
y solo mi alma que llora
oculta en sí misma adora
al ser que olvida la tierra.

Y como el mundo á la hermosa
así ella á mí que la adoro:
en su existencia dichosa

no sabe que amargo lloro
en mis párpados rebosa.

Y que acrecienta mi duelo
ver una gota que caiga
desde mis ojos al suelo,
sin que otra lágrima atraiga
de sus ojos en el cielo.

No tiene la noche estrellas,
ni tiene el dia esplendor
que igualara á sus centellas,
si sus pupilas tan bellas
me mirasen con amor.

¿Y será verdad, Dios mio,
que su celeste mirada
nunca hará, cual sol de estío,
de ese mi pecho sombrío
disipar la niebla helada?

Si vos la enviasteis al suelo
cual dechado de ternura,
¿por qué en tanto desconsuelo
ó borrais ese modelo,
ó le ocultais mi tristura?

En valde por mi dolor
es de virtudes tesoro,
esme en vano su candor
cual para ella lo es mi lloro,
cual para ella lo es mi amor.

¡Qué triste, si acaso un dia
mi ardiente mirada osa
buscar su mirada fria,
poderla llamar *hermosa*
sin poder decirla *mia*!

Oh! ten piedad de mi duelo,
que es virtud compadecer;
si cual ángel te hizo el cielo,
¿será que de mi consuelo
el ángel no quieras ser?

Dime, hermosa, ¿si cayera
sobre tus manos mi llanto,
tan dura tu mano fuera
que enjugarme resistiera
lágrimas que duelen tanto?

¿Y si á ofrecerte llegara
mi solo y mas rico don,

tu pecho, di, se negara
á guardar como en un ara
mi rendido corazon?

Dime... no, no digas nada,
ya sé cual es mi destino;
por vereda desolada
sin compañía anhelada
correr debo mi camino.

Y amar, amar sin confianza
de obtener el galardon.
Ah! pues tu poder no alcanza
á quitarme la esperanza,
no me quites la ilusion.

UN RECUERDO.

Fué un dia semejante á este dia
En que el sencillo pueblo de la aldea
Con la festiva danza se recrea;
Entre el pueblo tambien estaba yo.
Allí la juventud en grupo hervia,
Allí el baile, las galas, el ruido...
A mis ojos empero y á mi oido,
Solo un semblante y una voz llegó.

Era el tuyo. ¿Te acuerdas, prenda hermosa,
Cuando en medio el tropel que nos cercaba
Yo tus dulces acentos escuchaba
Con sublime deliquio de placer?
¿Te acuerdas de aquel hora misteriosa,
Que ahuyentó de mi alma las angustias,
Y á mis mejillas pálidas y mustias
Hizo por breve espacio enrojecer?

Mi corazon yacia aletargado
De infortunio y tinieblas en un lecho:
Tu voz le despertó, y tembló en mi pecho
Cual de una estrella el suave resplandor.
Y entónces de indecible luz bañado
Ciñóse una guirnalda de contentos,
Y al mágico poder de tus acentos
Despuntó las espinas del dolor.

Y miéntras aquel éxtasi inefable
No advirtió ni un vestigio de sus penas,
Cual no se advierte en olas ya serenas
El rastro de pasada tempestad;
Un amor firme, herviente, incontrastable
Era su solo afecto, su existencia,
Amor tan puro como tu inocencia,
Amor tan tierno como tu beldad.

¿No te acuerdas que al lado tuyo estaba
Cual si al lado de un ángel estuviera,
Contemplando tu rostro cual si fuera
El semblante inmortal de un serafin?
Ufano en contemplarlo me arrobaba:
Nunca en mi vida cosa vi mas bella:
Ni fulgor oscilante de una estrella,
Ni de una rosa espléndido carmin.

Qué momento fué aquel! Oh si tornara!
Una nube de aromas me envolvia:
Yo gozaba del cielo la armonía,
En mi sien daba flores el cipres.
Mayor dicha en la tierra no alcanzara
Cubierto de laurel, de perlas y oro...
Solo para decirte que te adoro,
Una diadema hollara con mis pies.

Y pasó con su luz y con su aroma
Aquel hora tan bella de mi vida,
Hundiéndose con otras confundida
Que llanto é hiel me dieron al pasar.
Asi entre la aspereza de una loma
Se pierde solitaria una azucena,
O desprendida perla entre la arena
Sepulta la resaca de la mar.

Y ha vuelto el dia en el que un año fijo
Estuvo el pensamiento de la aldea,
En que la juventud se gallardea
Ataviada á los ojos de su amor.
Y torna á rebullir el regocijo,
Y el plácido rumor de la armonía;
Y no torna la dicha de aquel dia
Que sorprendiera á mi alma en su dolor.

Aquel hora celeste fué un aurora
A que cerrada noche precediera;
Aurora sin un sol que la siguiera
Para dar vida al rayo de su luz.
Tornaron las tinieblas á deshora
En el fugaz albor de mi embeleso,
Y al creerme felice con esceso,
La sombra me envolvia en su capuz.

Oh! ella vino cual vision del cielo,
Y cual vision tambien desparecia
Aquel hora que hermanas no tenia,
Que en sus lindes cifró mi juventud.
¡Ser feliz los momentos de su vuelo,
Y ser para alargarlos impotente!
¡Ver el astro nacer en su occidente!
¡Ver el gozo mecerse en su ataud!

Alménos un recuerdo siempre queda
Triste reflejo de perdida gloria,
Y entre tantos que punzan mi memoria
Está cual entre espinas pobre flor.
Mas aunque su ilusion tan mal remeda
Aquel sueño inefable de delicia,
Mi corazon, oh vírgen, la acaricia
Porque es la única herencia de mi amor.

TU MIRADA.

Oh! no vuelvas tu mirada
aunque indiferente y fria!
Deja que encuentre la mia,
que en llanto bañada
inquieta porfía
la tuya en buscar.
Déjala por un instante
que en mi pecho se introduzca
y entre sus tinieblas luzca,
cual faro flotante
en sombra parduzca
orillas del mar.

Déjala que en mi alma lea
de amor el secreto idioma:

amor que al labio no asoma,
y arde como tea,
y exhala su aroma
sobre el corazon.
Amor que es sin esperanza,
que vive sin alimento,
que da sin goces tormento,
y anhela y no alcanza
gozar de tu acento
el plácido son.

Si de la mano criadora
un mundo opaco naciera,
no dudes que luego viera
cual fresca la aurora
inunda su esfera
de vago arrebol.
¿Por qué entre sombras y enojos
ha de quedar mi alma obscura?
Oh! disipen su negrura
tus nítidos ojos,
su lumbre tan pura
de mi alma es el sol.

No apartes tus ojos bellos,
no los apartes, bien mio,

que da muerte su desvío,
y dan sus destellos
alientos al brio,
vida al corazon.
Y si cuanto eres hermosa,
compasiva eres, advierte,
que entre dar vida ó dar muerte,
no debe dudosa
mi dicha ya serte
en esta eleccion.

Reluzcan sobre mi frente
velada en opaca nube
esos ojos de querube,
cual sol refulgente
que espléndido sube
y aviva una flor.
Y si encuentran tus miradas
las mias que á ti remonto,
esas lágrimas que apronto,
verás que enjugadas
las deja bien pronto
su blando calor.

Y verás que al traves de ellas
mis ojos hácia ti giran,

como en la tierra se miran
ignotas estrellas,
que léjos se admiran
por entre el cristal.
Y verás siempre clavada
mi mirada en tu mejilla...
Oh! dime, ¿acaso mancilla
mi ardiente mirada
tu frente que brilla,
tu tez virginal?

Si yo gimo sin provecho,
si piedad de ti no imploro,
si al exclamar «yo te adoro»
retrocede al pecho
envuelta en mi lloro
tan dulce expresion;
No impidas que una mirada
se alce tímida y sombría,
y revele mi agonía,
y exprese callada
cual lucha y porfía
mi ardiente pasion.

No escondas tus ojos bellos
en tus párpados de nieve,

hermosa nube que aleve
del sol los destellos
á cubrir se atreve
con blanco capuz;
Que yo infeliz solo anhelo
el que una mirada tuya
la calma me restituya,
me vuelva el consuelo,
mi noche concluya,
me torne la luz.

AUSENCIA.

Al tronco de viejo olivo
bajo su copa frondosa
me recuesto pensativo,
y de mi suerte enojosa
la memoria es lenitivo.

De la tristeza que siento
no es remedio sino pausa
el volver mi pensamiento
hácia ti, que eres la causa
de mi gozo y mi tormento.

Mas ay! que es alivio escaso
para perdidos viajantes,
pensar despues del ocaso
en el sol que un poco ántes
alumbró su incierto paso.

Del mundo el vano recreo
mi espíritu no cautiva:
tu sola eres mi deseo:
lloro si te veo esquiva,
huelgo si tierna te veo.

Mas si agora tu semblante
no contemplan ya mis ojos,
¿quién será que me quebrante
las puntas de los abrojos
que hieren mi pecho amante?

No llegan á mi retiro
los dulcísimos destellos
de esa luz por quien suspiro:
no me ven tus ojos bellos,
ni yo, triste! aquí los miro.

En valde imagino ahora
que tus mejillas matiza
el rosicler de la aurora:
que tu acento rivaliza
con la voz de ave canora:

Que de tus labios de rosa
la palabra se destila

siempre suave y cariñosa:
que el amor da á tu pupila
su mirada luminosa.

El gemido de la brisa
no me trae aquel acento,
ni del alba la sonrisa
vale el blando movimiento
que en tus labios se divisa.

Consuelos por cierto flojos
de mis pesares adquiero
del sol en los rayos rojos,
cuando yo á su luz prefiero
la hermosa luz de tus ojos.

Trasuntos de mis amores
me enseñan allá en el cielo
de los astros los fulgores,
ó acá sobre el fresco suelo
los matices de las flores;

Mas, ¿qué vale su color,
qué me vale su luz bella,
si no encuentro en mi dolor
en las estrellas mi estrella
entre las flores mi flor?

Falso remedo de gloria,
mas falso cuanto mas vivo
es la imágen ilusoria
que trae al pecho cautivo
el poder de la memoria.

Los recuerdos son reflejos
que en el cristal de la mente
trazan sutiles bosquejos;
mas su luz en vano miente
la del sol que brilla léjos.

Rebelde siempre el sentido
persiste en su dulce antojo,
y del objeto querido
ni el reflejo basta al ojo
ni basta el eco al oido.

La encantadora ficcion
descubre triste evidencia,
y bien pronto la razon
reconoce ser la ausencia
la noche del corazon.

¿Qué importará á mi desvelo
que la luna suspendida

reluzca en el alto cielo,
miéntras densa nube impida
que llegue su luz al suelo?

El espacio indiferente
cierra el paso á mi sosiego,
los montes alzan su frente
y ni los ojos ni el ruego
aproximan al ausente.

Como en tristes quejas chilla
so la desierta enramada
la solitaria avecilla
que vió la alegre bandada
partir á la opuesta orilla;

Así tambien me lamento
de la ingrata suerte mia,
y en vano espero contento
por mas que la fantasía
sus alas despliegue al viento.

De un ausente el vivo anhelo
no es posible que enderece
hácia el bien lejano el vuelo
sin que le siga el recelo,
sin que en la duda tropiece.

Por mas que dichas prometa
yo temo á mi suerte cruda,
siempre la duda me inquieta,
y cuando al pecho sujeta
fatal huésped es la duda.

Si el espacio salta osado
mi pensamiento en su ardor,
yo sé que á ti desalado
vuela de amores cargado
cual de aromas una flor.

Mas no sé cuando regresa
si otro amor tambien me trae
por despojo de su empresa,
y el placer que me embelesa
cual marchita flor decae.

Amar! amar una estrella
y ver un celaje umbrío,
é ignorar en tal querella
si tras de la nube aquella
hay la estrella ó el vacío!

Amar! amar y sentir
como late el corazon,

y no saber decidir
si apresura su latir
la esperanza ó la ilusion!

Esto dudo, en esto pienso
cuando inmoble mi pupila
contempla el espacio estenso,
y el deseo vivo intenso
en cruzarlo no vacila;

Así el viajero cansado
cruzando arenal ardiente
piensa en el sitio apartado,
donde sabe que ha brotado
entre palmas una fuente.

Mas, triste de él si pasara
con aliento su camino,
y cuando al sitio llegara
entre palmas no encontrara
el arroyo cristalino.

Oh! vuela, suspiro mio,
vuela, vuela con ardor,
y al tornar con nuevo brio
trae aquí del bien que ansio
otro suspiro de amor.

MAS LAGRIMAS.

Llorad, llorad, ojos mios,
que habiendo llorado tanto,
no habeis agotado el llanto
de mi pobre corazon.
Todavía hay mas pesares
que derretir en lamentos,
todavía á pasos lentos
ronda mi alma la afliccion.

Todavía es el invierno
para el pobre pecho mio,
cuando luzca el sol de estío
ese llanto enjugará.
Mas hora corre en mi pecho
una fuente de amargura;
¿y quién al triste asegura
que su estío llegará?

Ya llegado lo juzgasteis
porque visteis un sol bello,
y sentisteis un destello
de dulcisimo calor:
Y animó vuestras pupilas
el fulgor de una mirada,
que por ellas reflejada
fué primicia del amor.

Triste engaño! aquel instante
de resplandor pasajero
era solo un mensajero
de mas hondo y cruel pesar.
No han llegado todavía
del sol las horas serenas,
todavía os quedan penas,
crudas penas que llorar.

Oh! llorad; ayer tan fijos
contemplabais la belleza,
que un tesoro de terneza
prometiera á vuestro ardor;
Y hoy los párpados se caen
de fatal peso vencidos,
y oprimen cuando caidos
cien lágrimas de dolor.

Ayer en felice arrobo
contemplabais la hermosura
de una alma sencilla y pura,
de hermoso cuerpo al traves;
Y hoy contemplais solamente
la desdicha de la mia,
que no encuentra en su agonía
la que hermana suya es.

Ayer de gozo inflamados
el porvenir contemplabais,
y su horizonte soñabais
henchido de claridad;
Mas hoy vueltos hácia dentro
registrais mi pobre pecho,
y hallais en su ámbito estrecho
solo niebla y soledad.

Dónde están las esperanzas
que ufano ayer concebia?
Ha pasado un solo dia
y ya sueño y sombra son.
Dónde están mis ilusiones?
qué se han hecho? á dónde han ido?
quién así ha desvanecido
el placer del corazon?

Mas, ¿quién hay que decir pueda
dónde está la franja de oro,
que encima del mar sonoro
del sol estiende el fulgor?
Dónde está la suave brisa
que del viento mueve el ala?
dónde el aroma que exhala
en verde prado la flor?

Todo está cambiado: un sueño
tan solo mi dicha ha sido:
yo el recuerdo, ella el olvido
de este sueño guardará.
Oh! Llorad pues, ojos mios,
que para mí quiero el duelo,
para ella sea el consuelo
que el olvido le dará.

Llorad, aunque solas sean
las gotas del llanto vuestro:
dolor fuera mas siniestro
que ella gimiese tambien.
Llorad lágrimas amargas
aunque las lloreis en vano,
y os falte la blanca mano
que enjugarlas pudo bien.

Llorad, aunque de ese llanto
la infecunda y triste vena,
entre riscos y entre arena
desperdicie mi dolor.
Aunque sea cual la lluvia
que moja estéril pradera,
sin que haga brotar siquiera
el pimpollo de una flor.

NO MAS AMOR.

Suspende, hermosa, tu encono
siquiera por un momento,
y escucha el lúgubre tono
con que esparzo por el viento
las quejas de mi abandono.

Este es mi último gemido,
este es mi postrer adios:
silencio no interrumpido
y llanto mal reprimido
seguirán tan solo en pos.

Yo soy que infeliz un dia
te prodigaba cantares,
melancólica armonía

expresion de los pesares
que mi alma por ti sufria.

Y tú el sonoro murmullo
de mi canto plañidero
esquivas hoy con orgullo:
¿es ménos dulce su arrullo
porque es, ay Dios! el postrero?

Préstame al ménos tu oido
ya que tu amor no me prestas,
sea inútil mi quejido,
mas no tengas por molestas
las voces de un desvalido.

Haya piedad para mí,
haya al ménos compasion
para quien pensaba aquí
reinar en tu corazon
y escuchar tu dulce *sí*.

Para quien te merecia
y merece todavía,
á pesar del anatema
que mi pecho siempre enfria,
que en mi frente siempre quema.

Para aquel que te bendice
cuando es de ti maldecido:
para mí que satisfice
con las penas que he sufrido
las ofensas que no hice.

Para mí que encerré cuanto
cupo en mi pecho de ardor:
ninguno te amará tanto,
que bien marcaba mi llanto
los quilates de mi amor.

Oh! como esperaba un dia
verme libre de pesares
terminada mi agonía,
y allá al pié de los altares
á tu lado, vírgen mia!

Creyendo en el bien futuro,
soñaba ya que en el hueco
del templo santo y obscuro
de nuestro contento puro
resonaba el fácil eco.

En aquel punto tremendo
tu acento fiel y conciso

pareciérame el aviso
de que un ángel me está abriendo
las puertas del paraiso.

Con el logro de mi anhelo
engañáranse mis ojos,
pues pensara sin recelo
que abres las puertas del cielo
al abrir tus labios rojos.

Y engañárase mi oido
de tu *sí* gozando entónces
el suspirado sonido,
pues creyera haber sentido
el rumor de eternos gonces.

Esperaba que este dia,
de mis venturas agüero,
al fin contarlo podria,
cual si él de la vida mia
fuese entónces el primero.

Y cuando la muerte dura
llegase en lejana edad,
contara mi vida obscura
una mitad de amargura,
de placer otra mitad.

Miserables devaneos
que por mi mente han pasado!
Yo arrasaré los trofeos
que en el pecho han levantado
mis malogrados deseos.

Gota de mezquino llanto
no asomará á mi pupila:
entre el pasmo y el quebranto
la copa de dolor tanto
beberé con faz tranquila.

Y este corazon que aun ama
en despecho y soledad,
dejará extinguir su llama,
cual lámpara en que derrama
sus aguas la tempestad.

De la ventura que pierdo
solo entónces quedará
una ilusion, un recuerdo;
mas yo volveré en mi acuerdo,
y esta ilusion... pasará.

Gravosa será la carga
de mi vida venidera;

oh Dios! que no sea larga:
la gozada amarga era,
la que viene será amarga.

Ya no habrá sueños en ella
de fantástica esperanza
que la vuelvan rica y bella:
ocultado se ha la estrella
que anunciaba mi bonanza.

No viviré ya de gloria,
que ya de la gloria huyo,
ni quiero que la memoria
guarde mi nombre en la historia
si no guarda el nombre tuyo.

Ya nunca erraré dichoso
de la vida por el yermo:
despues de vivir penoso
me espera, como al enfermo,
de las tumbas el reposo.

Y no espero en mi delirio
que al menguar la escasa luz,
en premio de mi martirio
enciendas tú un pobre cirio
al pié de mi pobre cruz.

EL ÁNGEL Y EL PEREGRINO.

Ni tapia desmoronada
que extienda sombra apacible
á lo largo del camino
que el pobre viajero sigue.
Ni un árbol que bajo el toldo
de sus ramas le cobije,
ó en cuyo tronco alométnos
su cabeza aquel recline.
Ni una fuente murmullosa
que las arenas alise
de angosto lecho, ó sus aguas
por entre guijas destile.
Ni un soplo de leve brisa
que aromática respire

y el sudoriento cabello
del Peregrino acaricie.
Y el sol todavía ardiente,
aunque á su ocaso decline,
con el peso de sus rayos
el vasto desierto oprime!
Y todavía el viajero
buen trecho puede que diste
de la ciudad silenciosa
á do sus pasos dirige.
La ciudad que solo asoma
de cualquier punto se mire
por cima de los cipreses
que á fuer de muro la ciñen.
Infeliz el Peregrino
que á solas el yermo triste
con pié fatigado cruza,
con vista llorosa mide.
Infeliz cuando en su espacio
ningun objeto distingue
que su cansancio modere,
que sus pesares suavice.
Ya ha pasado por la vera
de florestas y jardines
que brindaban son su sombra,
con sus rosas y alelíes.

Ya ha seguido paso á paso
la márgen de arroyo humilde,
que entre cenefas de mirto
murmuraba sus deslices.
Ya se ha visto en campo abierto
listado de hermosas vides,
que ocultaban sus racimos
de topacios y amatistes.
Y ni la sombra ha gozado
por mas que el bosque le brinde,
ni del huerto ni del rio
ha aceptado los convites.
No ha cogido una flor sola
de cuantas con sus matices
adornaban pudorosas
del camino el largo linde.
Ni siquiera de la brisa
en las ráfagas sutiles
aspiraba la fragancia
de los lirios y jazmines.
Infeliz el Peregrino
que desfallecido y triste,
para fin de su jornada
contempla un desierto horrible.
Vasto cual del mar inmenso
la azulada superficie,

y estéril como la arena
que de él la tierra divide.
Sin tener un compañero
con quien al ménos platique
en horas que perezosas
lentas van como reptiles.
Dura y movible es la piedra
do se sienta el infelice,
porque le falta el aliento
y la fatiga le rinde.
Mas por fortuna sus ojos
que una lágrima comprimen,
extiende sobre el sendero
por do es fuerza que camine.
Y á lo léjos, entre nieblas,
como que un Ángel divise,
y mira y mira temiendo
que sus ojos le fascinen.
No, no, un Ángel es por cierto,
que indicios son infalibles
de su rostro los albores,
de su forma los perfiles.
Ángel es, y mas hermoso
que las hojas carmesíes
de la rosa, que en su orgullo
reina fué de sus pensiles.

Su mirada es atractiva
mas que el porvenir que finge
la ilusion de los amores
en los pechos juveniles.
Y su andar es, ay! mas suave
que el suave beso que imprime
un amante respetuoso
en la frente de una vírgen.
Ángel es, y al Peregrino
se le acerca y le sonrie,
al Peregrino que anhela
que aquel Ángel se aproxime.
Oh! si guia tan hermoso
de compañero le sirve,
por la senda que le falta
no temais que se estravíe.
Feliz será el Peregrino
que tal encuentro consigue,
el aire que al Ángel cerca
basta para hacer felices.
Mas, ¿cómo es que el desgraciado
cuando cerca le distingue,
sobresaltado sus ojos
con la mano va á cubrirse?
Y tuerce el rostro, pues teme
que aquella luz que le embiste,

no se apague con el llanto
que su lagrimal despide!
¿Posible es que tal encuentro
su pecho no reanime?
Es posible que de gozo
su corazon no palpite?
Palpita, sí; pero amargo
un pensamiento revive,
un recuerdo alza de nuevo
á sus lágrimas el dique.
Temiendo está que en su pecho
el contento resucite,
cual la luz que un soplo enciende
y otro soplo luego extingue.
Y así sus ojos aparta,
y sin volverlos persiste,
aunque del rumor sonoro
de las alas se apercibe.
Pues recuerda que otro Ángel
como este, bello, apacible,
tambien de faz hechicera,
tambien con alas de cisne,
De sonrisa como un cielo,
de mirada irresistible,
de cabellos como el oro,
de contornos femeniles,

Al encuentro le saliera
al pasar por los jardines,
y en su éxtasis le abandona,
y sus plegarias no admite.
Le pedia el Peregrino
que le acompañe, le guie,
le alargue su blanda mano
y su pecho tranquilice.
Y aquel Ángel no escuchaba,
sordo, sordo, cual las sirtes
que del mar embravecido
al ronco fragor resisten.
Aquel Ángel no escuchaba,
por mas que el mísero fije
en sus ojos de centella
sus ojos que llanto exprimen.
Aquel Ángel no escuchaba,
y á otros acentos sensible,
á un viajero mas dichoso
por compañero recibe.
Si tal ha de ser la suerte
que el cielo otra vez fulmine
sobre el cauto Peregrino,
que al Ángel cercano gime:
Bien hace en torcer la vista,
y en huir como del crímen

de aquella vision hermosa
que le arroba y le persigue.
Por mas que sus alas sienta
y el aroma que despide
el vapor en que su aliento
en las auras se deslie;
Bien hace en volver sus ojos,
porque sus ojos no hechice
esta vision de consuelo
y el corazon le atosigue.
Pues tornan las esperanzas
con pies mudos é invisibles,
y tambien los desengaños
con callados pies las siguen.
Oh! bien hace el Peregrino,
pues aunque es duro, terrible,
de la sombra de las dichas
han de huir los infelices,
Y andar solos el camino
que tiene allá en sus confines
la ciudad donde el silencio,
el olvido y paz residen.

LA GOLONDRINA.

Traduccion de Tomas Grossi.

Golondrina pasajera,
que posada en la ventana
una endecha plañidera
repites cada mañana:
¿Qué me dices con tu acento,
Golondrina suelta al viento?

Solitaria y en olvido,
del esposo abandonada,
¿compadeces mi gemido,
pobrecilla desolada?

Llora, llora con tu acento,
Golondrina suelta al viento.

Ménos que yo desdichada
alas tienes que ejercitas,
y cruzas por la enramada,
y libre á tu esposo gritas
buscándole con tu acento,
Golondrina por el viento.

Si yo tambien... Mas lo impide
ese albergue bajo, estrecho,
donde el sol luz no despide,
donde el aire falta al pecho,
desde donde á ti mi acento
llega apénas por el viento.

El setiembre está cercano
y á dejarme ya te aprestas,
tú verás el mar lejano,
nuevos montes y florestas
saludando con tu acento,
Golondrina suelta al viento.

Y yo despues de tu marcha
tornaré de nuevo al llanto,

entre nieves y entre escarcha,
creyendo oir aquel canto
que compasivo á mi acento
respondia desde el viento.

Una cruz la primavera
hallarás en este suelo:
cuando deje el sol la esfera,
sobre ella recoge el vuelo.
A Dios! dime con tu acento,
Golondrina suelta al viento.

A LA LUNA.

No ascondas, o Luna, la tu fermosura,
De aquese ñublado so el negro antifaz,
A guisa de dueña que moza es asaz,
E pierde á deshora marido e ventura.
Magüer que cuytada, la mi ánima cura
Fallar buen conhorte con la tu semblanza,
Ca tu gentileza me tray la membranza
De aquella que torna solaz mi tristura.

E mientra te miro seyendo tan bella,
Lusciente reína de la humida noche,
Non cuydo que fagan al tuyo reproche
Nin rayos de Febo, nin lumbre de estrella.
E paro las mientes pensando en aquella
Que en gracia e donayre non tiene pareja;
Ca sola en la tierra tu lumbre refleja,
E vieneme cedo cobdicia de vella.

Estonce grand pena mis brios atura,
De brava congoja me siento ferido,
Ca lueñe soy della, su luz me ha tollido,
E fincan mis ojos en grand lobregura:
Magüer que cendrada la llama fue pura
De aquel amorio que fizo mi gloria,
Bien como la tuya no mixta de escoria
En ti resplandesce e tus cuernos abura.

¿Cuidaras, o Luna, que tan denostado
Serie quien ama de tan buen talante?
Plañiendo mezquino, se ve mal andante
Quien sobra en amores á los que han amado.
La apuesta doncella que adoro mal grado
Non tiene mancilla de tanta sofrencia:
Oh! trueca, enemiga, la tu mal querencia
En tierno sospiro e farásme pagado.

Percata siquiera la vida amargosa
Del home que nunca te fizo denuesto,
Tamaña crüeza non cale a tu gesto
Nin debe ser dura la que es tan fermosa.
De los mis falagos non fuyas porfiosa;
E si te adolescen mis cuytas sin cuento
Semeja esa Luna que en su mudamiento
Se tuelle lo escuro, se faz luminosa.

LOS OJOS Y EL CORAZON.

Glosa.

Si nuestras lágrimas son
alivio de los enojos;
¿por qué no lloran mis ojos
cuando llora el corazon?

Pues no trae algun provecho
callar tormento que dura,
¿á qué fin hacer el pecho
de las penas sepultura?
De su escura
y desabrida prision
rompa el llanto los cerrojos,
y el mal saldrá por los ojos
cuando llora el corazon.

En el alma que está enferma
y descubre su congoja,
el dolor en parte merma
cada lágrima que arroja:
Pues se afloja
la saña de la pasion
ganando tales despojos,
salga el llanto por los ojos
cuando llora el corazon.

Los que guardan escondidos
sus pesares en el alma,
solo alcanzan de sufridos
no el nombre sino la palma;
Mas su calma
no quiebra, y fuera razon,
la punta de los abrojos,
por esto lloren los ojos
cuando llora el corazon.

Si al corazon que no cede
á los ojos en nobleza,
tantas veces le sucede
pagar pecho de tristeza,
¿Qué bajeza
será que de igual pension

no les libren sus sonrojos,
y hayan de llorar los ojos
cuando llora el corazon?

Dolor que en llanto no huye
y dentro el pecho se queda,
enemigo es que destruye
la morada que le hospeda,
Quien conceda
á tal huesped su mansion,
temer puede sus arrojos,
miéntras no lloren los ojos
cuando llora el corazon.

Mentiras son del cuidado
mostrar el gesto risueño,
cuando del pecho cuitado
la desdicha se hace dueño:
¡Triste empeño
de esquivar la compasion
por mal nacidos antojos,
y secos tener los ojos
cuando llora el corazon!

Al herido que restaña
la roja sangre que vierte,

y la flecha que le daña
enherbolada se advierte,
Da la muerte
el veneno del harpon,
no la sangre en hilos rojos,
por eso lloren los ojos
cuando llora el corazon.

Son naturales espejos
del alma los ojos, tanto
que trasladan sus reflejos
la alegría ó el quebranto;
Pues si llanto
corresponde á la afliccion,
¿por qué de aviesos ó flojos
no quieren llorar mis ojos
cuando llora el corazon?

LA ROSA.

Yo vi con embeleso
en risueño jardin la flor mas bella,
y embebecido en ella
olvidaba el rigor de mi destino.
Contemplábala estático, y decia:
Ah! si tan linda rosa fuese mia!
Ansioso de poseerla,
mis brazos extendí para cogerla,
y retirélos luego extremecido
porque sentí un latido,
la voz del corazon que murmuraba:
tente, no es para ti... Y yo al momento
reconocí y lloré mi desventura.
Así el cautivo en la mazmorra dura
donde le aherrojó pirata cruento
sueña tal vez en libertad y en gloria,
y sueña que el laurel de la victoria

entrelaza su negra cabellera;
mas disipa ilusion tan lisonjera
el repentino son de la cadena
que mueve en su arrebato de alegría,
y á su raida sien la mano guia
y advierte su desdicha y llora en vano.
Y yo tambien en vano me lamento,
pura y fragante rosa, no profano
tenderé ya mi mano
para arrancarte con audaz intento
del espinoso tallo que hermoseas.
No; sé que no eres mia,
y el rapto de mi ardiente fantasía
se estrella en melancólicas ideas.
Dueño mas venturoso
el cielo te destina,
á que un dia embellezcas su corona.
Dia feliz para él, y desastroso
para el triste que en valde lo ambiciona.
Oh! si alménos pudiese hasta aquel dia
fijar en tu beldad la vista mia
de sempiternas lágrimas cuajada!
Ufana, bella y encendida rosa,
del mas florido abril luciente gala,
permíteme que aspire la aromosa
y suave esencia que tu seno exhala.

Deja que de mis ojos desprendida
una lágrima sola
se agite en tu corola
de bonancible céfiro mecida.
No temas, no, que el riego de mi lloro
estéril vuelva tu raiz fecunda,
ni que tus granos de oro
arrebaten los soplos de mi aliento,
como furiosa ráfaga de viento
que el viejo almendro de su flor despoja.
No, venenoso no es mi aliento, es puro
cuanto mi corazon. Jamas tu hoja
perderá su tersura y lozanía,
por contemplarla yo: ni es azarosa
por ser de un infeliz mi compañía.
Deja, pues, que contigo me recree,
y en ilusion dichosa
los males que me punzan no perciba,
y fantásticos bienes paladee.
Y si, despierto ya, mi pecho aviva
codicia insana de poseer tal prenda,
y á tu rosal mi mano se encamina,
hallaré valladar de ruda espina
que de mí te defienda,
y ántes que delincuente se deslice
diré: no es para mí, soy infelice.

UN DESENGAÑO

á P***

Tú la viste... desgraciado!
ojalá que no la vieras,
y recibido no hubieras
tan dolorosa impresion.
Yo la vi tambien: á ella!
y vi que un profano amante
la ofrecia susurrante
su profano corazon.

Y era serena la noche,
y clara la luna bella;
mas no tendia sobre ella
su lánguido resplandor.
Ni su techo esclarecia
luz de estrellas oscilante,
ni de lámpara espirante
melancólico fulgor.

Ni sobre entrambos caia
de una madre recelosa
la mirada cuidadosa,
la mirada tutelar.
Y la virtud niña y sola,
con un gigante fornido,
con el amor atrevido,
débil se expuso á luchar.

En oscuridad velada
y en silencio peligroso,
un corazon criminoso
escuchaba palpitar.
Y la brisa que corria
soplaba de amor la llama,
cual blando fuelle que inflama
los tizones del hogar.

El amoroso coloquio
que en sus oidos sonaba,
á los dos arrebataba
de este mundo de dolor.
Y ella rebosaba gloria
como quien al cielo avanza,
porque estaba su esperanza
en el cielo del amor.

Dulcemente sonreia
como si nunca temiera
del dolor en copa austera
sus labios de rosa hundir;
Y era risa que el destino
enlazaba por ventura
con lágrimas de amargura
en aciago porvenir.

Complaciente, candorosa,
empapada en alegría,
al genio del mal oia
sin sospechas, sin temblor.
Ella! la pura! la vírgen!
la que un tiempo te adorara!
y no escupia en la cara
á su amante engañador!

Y no eran rayos sus ojos,
ni armó su rostro de ceño:
llamaba entónces *mi dueño*,
á quien llamará ¡*infiel*!
Y fascinada al conjuro
de aquel dulcisimo halago,
su gloria via en su estrago,
néctar bebia en la hiel.

Cual imprudente avecilla
que el peligro no divisa,
se cernia en una brisa,
preludio del huracan.
Y yo temblando decia:
guarte, confiada paloma,
si sobre ti se desploma
el astuto gavilan.

Y ¿quién no temblara viendo
mezclarse en un mismo ambiente
suspiros de una inocente
á un hálito corruptor?
Porque entónces parecian
él, y ella, y la noche opaca,
negro lienzo en que destaca
una sierpe y una flor.

El gozaba envanecido
en su pecho corrompido
lúbrico ardor;
y ella juguetona, riente,
le prodigaba inocente
casto favor.

Y tú? el dolor ceñia

tu alma llena de agonía,
tu alma sin luz,
del modo que al delincuente
ciñe la asquerosa frente
negro capuz.

Ella conturbóse al verte,
cual niño que de la muerte
el rostro ve;
y tú como el condenado
que un ángel mira á su lado,
que suyo fué.

Y hubo una sola mirada,
mutua, rápida, aislada:
y era punzon
que de entrambos penetraba,
y heria, y acribillaba
el corazon.

Y los recuerdos de gloria,
y el vagar de la memoria
fueron de horror.
Oh! quien jamas lo pensara
de aquella que te jurara
eterno amor!

A D. Juan Campaner

EN LA MUERTE DE D. MIGUEL HOMAR PRO.

I.

Tambien mi sincero amigo,
tambien, oh Dios, me abandona!
La muerte que me perdona,
me hiere en el corazon:
Me quita el amigo tierno
que treguas daba á mi duelo;
arrebátame el consuelo,
y me dobla la afliccion.

Yo le amaba porque él era
como yo desventurado,
y quizas por desgraciado
alcanzaba yo su amor;
Que reina en los corazones
misteriosa simpatía,
busca al gozo la alegría,
y el dolor busca al dolor.

Su virtud y sus dolencias
me llamaron á su lado:
la muerte me le ha robado,
la muerte que es sin piedad!
Y hora en un yermo sin flores,
en un mundo sin amigos,
¿quiénes serán los testigos
de mi ingrata soledad?

Quién dará alivio á mis penas?
¿quién llenar podrá el vacío,
que deja en el pecho mio
el que dejó de vivir?
Cruel fortuna! el que piadoso
lavó con aceite y vino
las llagas del peregrino,
tan pronto debió morir?

Y tantos indiferentes
pasan riendo por mi lado,
sin que hayan nunca exclamado:
tengo lástima de ti!
Oh! cuánto será sombrío
el porvenir que me aguarda!
no hay esperanza de que arda
otro pecho igual por mí.

Esquivo el amor sus ojos
aparta de mí con ceño,
ni quiso alargar de un sueño
la dulcedumbre falaz.
Y la muerte por dejarme
en completo desabrigo,
hora con mi último amigo
hundió mi último solaz.

II.

Recuerdo incesante del tiempo pasado,
huésped importuno de mi fantasía,
¿por qué me renuevas la muda agonía
de angustias cerradas en mi corazon?
¿Qué tiene de bello la tela de dias
manchados con lloro que cruel me presentas?
entre ellos un hora siquiera no ostentas
bañada de aromas en suave infusion.

Un hora siquiera! con ella engañara
mis dias de tedio, mis noches de vela;
su idea apartara cual fiel centinela,
mis negras ideas que empuja el dolor.
Con ella no osara llamarme infelice,
ni me postraria fatal desaliento;

con ella encubriera mis penas sin cuento:
millares de insectos encubre una flor.

Por mas que lejana y obscura memoria,
mi pecho turbado de gozo latiera,
cual miéntras que sopla la brisa lijera
de turbio charquillo se riza el cristal.
Sin vaga esperanza de instantes felices
que en pos de las noches conduzcan auroras,
sin vago recuerdo de plácidas horas,
qué triste es la suerte del pobre mortal!

Mi cuna de niño, los brazos maternos
mojé yo plañiendo, despues con reguero
de lágrimas vivas tracéme un sendero,
y de él mis pisadas jamas removí.
Mas quién no esperara que en la amistad santa,
que en el amor puro vendria el consuelo?
con llanto en mis ojos vi un ángel del cielo,
con llanto en mis ojos á Homar tambien vi.

Ya el mal sus entrañas oculto roia,
infecta la sangre corria en sus venas,
su rostro un espejo me fué de sus penas,
de espanto me helaban su vista y su voz.
Secaba sus fibras y lánguidos miembros

la fiebre traidora con marcha muy lenta,
sus ojos hundidos, su faz macilenta
mensajes traian de muerte precoz.

III.

¡Cuántas veces reunidos
en su aposento se vieron
los semblantes afligidos
de los dos!
¡Qué veces interrumpieron
nuestros coloquios dolientes
los accesos tan frecuentes
de su tos!

¡Qué veces le contemplaba
en silencio de agonía,
y solo el cuarto alumbraba
débil luna!
Pareciame en sus gradas,
de la muerte que venia
oir las sordas pisadas
una á una.

¡Cuántas con lánguido tono
ensayaba mis cantares,
templando de sus pesares

el encono!
Y él en su melancolía
de un sepulcro el triste objeto
como canto predileto
escogia.

El sepulcro de una amada,
que debian los pastores
adornar de mustias flores
y cipres;
Porque en su mente agitada
tambien entreveia abiertas
ya de un sepulcro las puertas
á sus pies.

Y qué triste era mi canto!
tambien yo su fin previa,
y modulaba entre tanto,
sumergido en mi quebranto,
sin gala, sin melodía.

Así con tristeza suma
un ángel cantará, luego
que inexorable á su ruego
su globo el Señor consuma
con un torrente de fuego.

IV.

Ah! que no es clara expresion
del dolor mi humilde verso!
considera tu afliccion
y mira que no es diverso
del tuyo mi corazon.

Mas, cuánto te envidio! cuánto!
el lloro esplayará tu alma,
y entre el dolor y el espanto
la mia en horrible calma
carece tambien de llanto:

Que están secas, agotadas
de mi corazon las fuentes,
y mis penas concentradas
me devoran inclementes
sin ser vistas ni aliviadas.

Tú, cantor y amigo fiel
de nuestro difunto amigo,
en esta pérdida cruel
ó canta por él conmigo,
ó llora por mí y por él.

AL REGRESO

DE D. FRANCISCO MUNPANER.

Cuando aflojaba tu partida el lazo
que los pechos uniera de los dos,
no te llevaste mi postrer abrazo
ni mi postrer adios;

Porque en aquel momento de agonía
que arrebató contigo mi placer,
quedóme la esperanza de este dia
en que te vuelvo á ver:

Y miéntras el sendero de la gloria
trepabas tú con incansable pié,
un presagio guardaba mi memoria,
que hoy cumplido se ve.

Hoy de un amigo vuelves al regazo,
para no separarte de él quizá,
y un parabien solemne y un abrazo
este amigo te da.

Sin duda contarásme maravillas
que deslumbran los ojos al pasar,
y la pompa fastuosa de las villas
que allende están del mar.

Tú viste á Roma, la ciudad que un dia
el dominio del mundo reclamó:
su terrestre poder, no su ufanía
el tiempo devoró.

Y hora entre todas la ciudad sagrada
descuella como inmensa catedral,
y brilla de mil templos recamada
su diadema imperial.

Imponente, magnífica en sus ruinas
conserva los tesoros del cincel:
conserva las creaciones peregrinas
del grande Rafael.

Allí existen eternos pensamientos

que por ventura un ángel reveló,
y un ser de polvo audaz en sus intentos
colorido les dió.

Oh! cuál seria tu placer, tu encanto,
al admirar su mágico pincel!
al sentir en tu mente el fuego santo
que le inspiraba á él.

Cómo un temblor de envidia te agitaba
al recordar su nombre celestial!
y un alumno eras tú que se afanaba
para ser su rival.

Viste á Paris... sus timbres, su riqueza
espero de tus labios escuchar;
mas, en cambio debido á tal fineza,
qué puedo yo contar?

* * *

No el rumor de mis lamentos
interrumpa tu alborozo:
no acompañe mi sollozo
del parabien los acentos.

Que mi vida de afliccion
fué tristísima cadena;
cien eslabones de pena,
de dicha ni un eslabon.

Al ausentarte de mí
quedóme un yermo sombrío,
y en mi corazon vacío
dulces recuerdos de ti.

Y tú entónces eras léjos
y mis suspiros no oias,
y ni acaso percibias
de mi afecto los reflejos.

¿Qué me era entónces el cielo
con su ropaje de estrellas?
¿qué eran las campiñas bellas
para darme algun consuelo?

Su risueña perspectiva
era á mis ojos cual flor
que aborrecido amador
presenta á beldad esquiva.

¿Qué era el mundo y su tropel,

sus pompas y devaneos,
si eran solo mis deseos
hallar un amigo en él?

Y esa fatal exigencia,
necesidad que da vida,
desgarraba mas mi herida,
amargaba mas tu ausencia.

Sed tenia de un amigo
que mis penas compartiese,
de un corazon que latiese
de mis brazos al abrigo.

Una muger... oh! perdona,
ángel bello, mi delirio,
que yo sufria el martirio
sin esperar la corona.

Perdona, que no mi lloro
basta para borrar luego
los caractéres de fuego
del nombre que tierno adoro.

Perdona, que aun sentiré
una impresion congojosa,

si de mi tumba la losa
toca al descuido tu pié.

¡Qué en mi triste juventud
no haya visto un sol sereno!
¡Qué haya bebido veneno
en la copa de salud!

Al cabo un amigo tuve;
mas apénas le estreché,
cuando su rostro observé
cubierto de opaca nube.

Y me extremecí agitado,
y lancé un gemido fuerte,
que era el soplo de la muerte
sobre su tez arrojado.

Para mí vivió un momento
y lo fué de atroz dolor:
era tortura mi amor,
eran quejidos su acento.

Estaba ya descarnada
la mano que me ofrecia,
yo sin miedo la tenia
en mis manos estrechada.

Y de su fiebre el calor
por mis poros penetraba;
no entónces por mí temblaba,
por su vida era el temblor.

¿Cuál astro, cuál simpatía
obraba con tanto imperio?
La desgracia era el misterio,
la estrella que nos unia.

Entrambos de un alma pura,
entrambos de un pecho ardiente;
mas de entrambos en la frente
estampada la amargura.

Allí en su cámara, oh Dios!
rostro á rostro, pecho á pecho,
dos enfermos en un lecho
semejábamos los dos.

Ya nuestra pena comun
ha dividido la huesa:
goza la muerte su presa,
y sufro mi dolor aun.

Tal vez para mi consuelo,

domando la ira del mar,
te ha conducido á tu hogar
la mano oculta del cielo:.

Para que enjugues el llanto
que mi lagrimal arroja,
siquiera con una hoja
del lauro que aprecias tanto.

Tu lauro! cuánto de honor
á nuestra patria dará!
ella al verlo clamará:
Gloria á mi primer pintor.

Y la sombra de Mesquida,
que en sus playas vaga errante,
en sus sienes vacilante
la corona tendrá asida.

Quizá en mis sueños un dia
pensé que un mismo laurel
á mi lira y tu pincel
dulce sombra les daria.

Mas ya mi entusiasmo espira;
tú cruzas del arte el cielo,

y para seguir tu vuelo
alas no tiene mi lira.

Y pues te honra la guirnalda
del genio que te sublima,
tú de ese monte en la cima
no me olvides en la falda.

Recuerda al sér infeliz,
que de inspiraciones falto,
te contempla á ti tan alto
y él se queda en la raiz.

Oh! cuán regalado empleo
cantar tu nombre seria
si llegase la armonía
á do llega mi deseo!

Mas voz que siempre suspira
no es digno intérprete fiel;
la gloria de tu pincel
mas me arredra que me inspira.

Si mi voz para encomiarte
es insonora, impotente,
mi corazon es ardiente
para siempre fino amarte.

Para amarte como el dia
en que partiste animoso,
para amarte á ti dichoso
como infeliz te amaria.

Y amándote de esta suerte
tu gloria me cabrá á mí,
que amigos serémos, sí,
amigos hasta la muerte.

Pues cuando la amistad labra
su morada en pecho tal,
solo cede en el umbral
de una tumba que se abra.

Á D. MIGUEL PEÑA

RECIEN ELEVADO AL SACERDOCIO.

Oda.

Ipsum elegit offerre sacrificium Deo,..... Et dedit illi in præceptis suis potestatem.
ECCLESIAST. XLV.

Tu anhelo ya cumpliste.
Latiendo el pecho en puras emociones,
Estático ejerciste
Las místicas funciones
De augusta dignidad sacros blasones.

Salve feliz mancebo!
Alabanza y honor. La excelsa gloria
De tu carácter nuevo
Par no cuenta en la historia,
Ni el cetro la alcanzó, ni la victoria.

No á ti fué comparable
Anio, de vendas y laurel ceñida
La frente respetable,
Que dejó ennoblecida
De sacerdote y rey la prez unida.

Ni el grande Matatías,
Que por no mancillar el verdadero
Culto en aras impías,
Sacerdote y guerrero
Cubrió el Ephod con láminas de acero.

Mas no la diädema
Declara ni el baston tu ministerio,
Que la virtud suprema
Del recibido imperio
Al ojo del mortal es un misterio.

Precepto al par que indicio
De pureza, revistes blanca estola
Cabe el altar propicio,
Donde por ti la sola
Inmaculada víctima se inmola.

Grande es el poderío
Que en tus manos está. Cual niño tierno

Rindióse á tu alvedrío
Aquel, cuyo gobierno
Leyes impuso al mar, miedo al infierno.

Las esferas rodantes
Detiénense á tu voz. El autor de ellas,
Que en trono de diamantes
Y en alfombra de estrellas
Estampa de sus pies eternas huellas,

A ti baja obediente:
Tu labio terrenal apénas forma
La palabra potente,
Esconde en pan su forma
Y en substancia divina el pan transforma.

Legiones celestiales
Descienden presurosas de do brillan,
Sus rostros inmortales
Velando, á ti se humillan,
Y de tu alto poder se maravillan.

Quién puede resistirte?
Las puertas eternales obedecen
Y se abren al oirte;
Tus súplicas parecen,
Y los continuos coros enmudecen.

La tempestad que brama
Y las ondas remueve hasta el abismo,
El rayo que se inflama,
La tierra, el cielo mismo
Sujetos estarán á tu exorcismo.

¿Y quién al infelice
Que abrió su corazon al vil delito,
Será que le suavice
El interior conflito
Que iguala su tormento al de un precito?

Colgada de su cuello
Atroz cadena está. Su frente imprime
De eterna muerte el sello;
Mas si á tus plantas gime,
Tu voz de tanto oprobio le redime.

Ay! ay! cuál grito lanza
De rabia y turbacion el reino ardiente!
Su encono y esperanza
Frustraste de repente
Al desclavar la presa de su diente.

AMISTAD.

Á D. FRANCISCO DE PAULA FORNS.

Beati sunt qui te viderunt, et in amicitia tua decorati sunt.
ECCLESIAST. XLVIII.

Hubo una hora feliz que Dios bendijo
Al echarla del dia en la carrera:
Una hora de consuelo para el hijo
Que en este mundo sin cesar gimiera.

Hora que para alivio de mi pecho,
Escaso de placer y de ventura,
Encerraba en espacio tan estrecho
El gérmen de años y años de ternura.

Hora en que la amistad sagrado hacia
El lazo que tegió su mano bella,
Y mi ángel tutelar se sonreia,
Y brillaba en mi cielo nueva estrella.

Y fué la que acercó dos corazones
Que léjos uno de otro palpitaban:
Dios fecundó sus nuevas emociones,
Y ellos sintieron luego que se amaban.

Mas formando el Señor tan dulce lazo,
Que se amaran sin verse predispuso,
Y apénas dado el fraternal abrazo
Inmenso mar entre ellos interpuso.

Dióles de amor sublimes sentimientos
Sin el placer que halaga los sentidos,
Porque hablaran las almas sus acentos
Y oyera el corazon sin los oidos.

Amor que no temiese á la distancia,
Un amor que la ausencia no resfria,
Bastando para gaje de constancia
El recuerdo feliz de un solo dia.

Dióles fe en la amistad, y bien que á solas

Batiese el corazon del pecho el hueco,
No dudaba que allende tantas olas
Cada latido fiel tenia un eco.

Pero otra vez salvar me ha sido dado
Del mar que nos separa la llanura,
Y á tus queridos brazos he volado
Como amante á los pies de su futura.

Y te he visto... te he visto, y he sentido
Estrechada tu mano entre la mia;
Y por mas que callase tú has oido
Cuanto en silencio mi alma te decia.

Te he visto, y un perfume de consuelo
Del corazon en torno se elevara,
Como nube de incienso que en su velo
Del santo sacrificio envuelve el ara.

Te he visto ya... Bendito el Señor sea,
El que llenó mi cáliz de amargura,
Porque si en él acíbar no escasea,
Tampoco faltan gotas de dulzura.

Bendito, sí: ¿qué importa que me vede
De angélica beldad el casto beso,

Mientra en mi corazon grabado quede
El sello de amistad que en él ha impreso?

¿Por ventura el sediento peregrino,
Para dar refrigerio al labio ardiente,
Necesita que tenga su camino
A cada lado arroyo diferente?

¿Por qué, pues, á los cielos yo pedia
De amor y de amistad el doble goce?
De dos venturas una Dios me envia
Y su bondad mi pecho reconoce.

Para dar vida al corazon, precisa
Nos es siempre la inquietud de los amores:
Tambien da la amistad grata sonrisa,
Tambien calma un amigo los dolores.

Tambien de los poetas en el harpa
La cordial amistad su cuerda tiene,
Y en las rocas que el mar ibero escarpa,
Un canto de amistad justo es que suene.

Suspendan, pues, mis labios sus endechas,
Y mis ojos las lágrimas que lloran,
Tú bastas á dejarme satisfechas
Estas ansias de amar que me devoran.

Y te amaré, y por mas que estés ausente
Gozaré de este afecto las delicias,
Tan dulces cual de amor el mas ferviente
Los honestos requiebros y caricias.

Y si otorgar la suerte ya no quiere
Otro sensible abrazo á nuestro anhelo,
Yo sé que la amistad aquí no muere
Y que nuestra esperanza está en el cielo.

Barcelona 19 julio de 1844.

Á LA JÓVEN POETISA

DOÑA VICTORIA PEÑA.

Danti mihi sapientiam
dabo gloriam.
ECCLESIAST. LI.

¡Cómo embelesan mi oido
los preludios de tu lira
que, digna rival, aspira
al laurel que me ha ceñido!
Hermosa jóven, albricias,
dénte el lauro que codicias,
pues son bellas las primicias
de tu noble inspiracion:
Bellas son esas tus flores,
que reviste de primores,
de perfumes y colores
el alba del corazon.

Flores son del pensamiento
que temprano abiertas miro,
y solo de tu suspiro
se mecen al blando viento.
Su corola fresca y lisa
es la imágen y divisa
de aquella primer sonrisa
que en tus labios puso amor.
Y si lloras su desvío,
recoge el cáliz sombrío,
como gota de rocío
de tu lágrima el humor.

Primer vagido del alma
es esta música triste
con que anuncias que perdiste
la infantil y dulce calma.
Al compas de estos acentos,
que esparramas por los vientos,
tus mas tiernos sentimientos
se transforman en pasion:
Y entusiasta ó recogida,
ó entre ilusiones perdida,
cantas ya la nueva vida
que trasluce el corazon.

A la par que me suspende
los sentidos su armonía,
de tu canto la energía
llega á mi alma y la sorprende.
En tu trova mas sencilla
un fuego celeste brilla,
como el que arde en tu mejilla
y á tus ojos da fulgor:
Y ese fuego que te anima
y tus conceptos sublima,
al impulso de la rima
pasa al pecho del lector.

Sin duda de oir cansada
modulaciones insulsas,
de la lira que tú pulsas
el son te deja asombrada.
Tu instrumento te enajena,
y de ti misma sirena,
de nuevos goces te llena
cada nueva vibracion:
Y al resolver tu memoria
de ilustres vates la historia
el nombre, el grito de *gloria*
retumba en tu corazon.

Gloria! sol que léjos luce
para fascinar los ojos,
y por camino de abrojos
á quien lo mira conduce:
Que promete eterno dia,
y el viajero que en él fia
arrostra la noche umbría
siempre esperando el albor:
Y amenudo, triste suerte!
solo despues de la muerte
sobre helados huesos vierte
este sol su resplandor.

Oh! no creas á esa turba
que gloria y mas gloria clama,
y á la par que el pecho inflama
lo inficiona y lo perturba.
Su atractivo fraudulento
es la estrella del talento,
es su vida y alimento,
su fortuna y galardon;
Mas tambien es su tortura,
es el pan de la amargura
que compramos por ventura
á expensas del corazon.

Tampoco escuches ni creas
al que en armónicos sones
de sus inicuas pasiones
marca el sello en las ideas:
Al que en torpe desenfreno
cubre su lira de cieno,
y convierte en cruel veneno
los aromas de la flor.
Aunque cantor sin segundo
osara aclamarle el mundo;
¿qué vale de un pecho inmundo
el aliento corruptor?

Sin que la gloria á que aspiras
te intimide ó acongoje,
ni por áspera te enoje
la senda que abierta miras:
De ansiedad y miedo ilesa,
prosigue en tu noble empresa,
y esta lira que embelesa
será tu orgullo y blason.
Tañe, y sean sus sonidos
melodiosos y sentidos
el eco de los latidos
con que te habla el corazon.

Pulsa sus cuerdas sonoras
que exprimen tu casto acento,
y verás tu pensamiento
retratado á todas horas.
Y al verlo en tan claro espejo,
luz te dará su reflejo:
á la par con el consejo,
tendrás austero censor:
Y miéntras el bien proclames,
y sobre él flores derrames,
á que mas lo abraces y ames
te inducirá su loor.

Pulsa tu acorde instrumento,
tesoro que te enriquece,
y verás cual se ennoblece
de tu pecho el sentimiento.
Hora llores ó sonrias
suelta blandas armonías
que de muertas alegrías
resucitan la impresion:
Suelta al viento esos cantares
que consuelan tus pesares,
y tu lira no separes
del lado del corazon.

Y pues ella es rica prenda
que Dios mismo te regala,
consagrado el son que exhala
al pié de su trono ascienda.
Y por mas que el dulce canto
conserve terreno encanto,
con el himno eterno y santo
confunda allí su clamor.
La suma Bondad inmensa
una lira nos dispensa,
y por justa recompensa
gloria espera del cantor.

NUMEN.

A D. Pablo Piferrer.

Quasi ignis effulgens,
et thus ardens in igne.
ECCL. 50. 9.

¡Qué hermoso es el mar de Palma,
de sus muros claro espejo!
qué blando sonrie al alma
cuando sus aguas en calma
dora el último reflejo!

¡Qué hermoso el mar transparente
con la sombra de las tintas
con que el sol resplandeciente

colora desde occidente
cien y cien nubes distintas!

Sentado cabe su orilla,
al murmullo de las olas
que á mis pies la roca humilla,
con la mano en la mejilla
meditando estoy á solas.

Y despierta el pensamiento
que dormia en mi cabeza,
y recobra movimiento,
como niño soñoliento
que se agita y espereza.

Y miéntras el ojo anhela
fijarse en la navecilla
que traza con blanca estela
senderos de plata, y vuela
en busca de ajena orilla;

Mas poderosa que el viento
que sus velas redondea,
lleva á ti mi pensamiento
la fuerza del sentimiento
que mi pecho señorea.

Imagino yo que, á guisa
de ave que un clima abandona,
he cruzado el mar aprisa,
y que el ojo ya divisa
los muros de Barcelona.

Me figuro que tu mano
entre las mias estrecho,
que respiro á ti cercano,
y que hasta en contar me afano
los latidos de tu pecho:

Que en imponente sosiego
tu pupila dilatada
se clava en la mia, y luego
en ella me escuece el fuego
que brota de tu mirada:

Que siento correr ardiente
la sangre que en ti circula
impetuosa cual torrente,
y la vida de tu mente
con su calor estimula.

Ah! la mia corre lenta
como arroyo en llano cauce;

ya ningun sol la calienta,
y es como agua que alimenta
las venas de estéril sauce.

Figuróme ver la activa
llama de genio inmortal
bajo tu frente expresiva,
cual se ve la luz cautiva
en un globo de cristal.

Visiones que se resumen
en pensar que ya agoniza
el que un tiempo fué mi Númen,
cual las ascuas se consumen
bajo un velo de ceniza.

¿Por qué ha de ser de este modo
tan diversa nuestra suerte?
Oh! tú espíritu eres todo,
y al mio el terrestre lodo
le comprime y deja inerte.

¿Por qué no abrasa la mia
el contacto de tu frente,
cuando absorbe en demasía
la plancha de hierro fria
el ardor de la candente?

Mas el Númen, este goce
tan amargo y predilecto,
no se transfunde por roce,
ni las leyes reconoce
de la sangre ó del afecto.

Emanacion peregrina
que de vivo sol desciende,
no es el sol que la fulmina;
con su reflejo ilumina,
no con sus rayos enciende.

Tesoro es que no se lega,
joyel que no se divide,
y Dios mismo que lo entrega
tal vez al hombre lo niega
que con mas ansias lo pide.

Así por mas que suspire
y tristes quejas repita,
por mas que tu aliento aspire
seré amigo que te admire,
no rival que te compita.

Espectador impotente
miraré como amontonas

para adorno de tu frente,
las hojas de lauro ardiente
que son del genio coronas.

Como tus alas con brio
al cielo tiendes, y luego
errante por el vacío
te alimentas del rocío
que cae en gotas de fuego.

Como sobre lo pasado
meditabundo te ciernes,
y bajo el polvo atezado
que en su tránsito ha dejado,
vestigios de luz disciernes.

Como el tiempo y el espacio
con tu mirada dominas,
y reconstruyes despacio
una iglesia ó un palacio
con las piedras de sus ruinas.

Como ante ti vida toman
generaciones ya muertas
y su enjuto rostro asoman,
pues á tu voz se desploman
de los sepulcros las puertas.

Y aquellos que un nombre ilustre
alcanzaron en la historia,
sin que la envidia lo frustre,
reparten contigo el lustre
de su fama y de su gloria.

Miraré como te encumbras
en atrevido remonte,
cual las tinieblas alumbras,
y lo futuro vislumbras
mas allá del horizonte.

Como sagaz y animoso
de natura te introduces
en el seno misterioso,
y su concento armonioso
en lengua humana traduces.

En esa region extraña,
que ni es tierra ni es el cielo,
de apacible luz te baña
el Númen, que en ti se entraña
y da fuerzas á tu vuelo.

Tu actividad ejercitas
en su espacio ilimitado;

y creas ó resucitas
si lo futuro meditas
ó meditas lo pasado.

Si me fuese concedido
lo que algun tiempo esperé!
¡si en ella hubiese vivido
cual tú solamente asido
á la tierra con un pié!

Bien sé que los sinsabores
tambien manchan su terreno:
hay espinas donde hay flores,
pero acaso sus dolores
valen mas que el goce ajeno.

Que el pesar allí no enerva
de la mente la energía,
es reina el alma, no sierva,
y hasta á sus lloros reserva
de los cantos la armonía.

De esas lágrimas blasona
y no se oculta al verterlas
porque el Númen las abona,
y sabe que en su corona
brillarán cual ricas perlas.

A la emocion mas violenta
su firmeza desafia,
porque de ellas se alimenta,
¿y cómo sin que las sienta
contarlas despues podria?

Si de placeres se embriaga,
es un himno el parabien
que tal vez pronto se apaga,
porque la dicha empalaga,
cansan las dichas tambien:

Mas en horas de tormento
el Númen su brio anima,
que no es nunca el sufrimiento,
es tan solo el desaliento
lo que al pecho infunde grima.

Este desmayo es la suerte
que sola cruel intimida
al que inspirado se advierte:
el desaliento es la muerte
donde el Númen es la vida.

Entónces abandonado
del poder que le sostuvo,
cae á tierra desplomado,

y hombre se ve desolado
el que por ángel se tuvo.

Con dulce voz no suspira,
lamenta sí sus congojas
en ronco son, cuando mira
rota á sus pies una lira
y un laurel de mustias hojas.

Oh! jamas la suerte avara
tal destino te reserve:
y si el Númen que te ampara
pena alguna te prepara,
de esta alménos te preserve.

* * *

No suceda jamas que de tu lira
Arrancar ya no puedas un sonido,
Jamas la ardiente llama que te inspira
Se convierta en cenizas, cual la pira
Que el cebo de una vez ha consumido.

Nunca agostado veas en tus sienes
El costoso laurel que las corone:
Ni el genio en cuyas alas te sostienes,
Pagando tus cuidados en desdenes,
Cual deidad ofendida te abandone.

Mas tampoco suceda que tu anhelo
De la flaqueza humana así prescinda
Que tus fuerzas agotes sin recelo,
Y á la par que tu espíritu alce el vuelo
Su oculta agitacion tu cuerpo rinda.

Descansa ya. Por mas que adorne bello,
Por mas que su guirnalda gloria absorba,
El lauro que se enreda en el cabello
Es un peso tambien que dobla el cuello,
Como la adalia en flor su tallo encorva.

Deponlo pues, del modo que un guerrero
Cruelmente fatigado en lid sangrienta
Sale en busca de alivio pasajero,
Y depone el morrion de crudo acero
Que en su frente marcial gallardo ostenta.

Descíñete un momento esa diadema
Que deslumbra los ojos que la miran:
Corona de esplendor no hay quien la tema,
Y por funesto azar á veces quema
Las sienes que á llevarla solo aspiran.

No hay dicha sin pension en este suelo:
De valde ningun bien la suerte presta:

Y el Númen pura dádiva del cielo,
El Númen, rica prenda de consuelo,
Es por ventura el don que mas nos cuesta.

Es don de alta valía y don infausto
Esa llama que al hombre diviniza,
Y le abrasa cual fuego de holocaústo,
Y le deja tal vez de sangre exhausto
Miéntras gloria promete á su ceniza.

Transforma en semidios al frágil hombre
Y en víctima tambien: le comunica
Misterioso poder que al mundo asombre,
Y cubierto de espléndido renombre
Al pié del propio altar le sacrifica.

Eslabon de grandeza y de miseria
Destruye el mismo sér que perfecciona:
En el alma transfunde luz eteria
Al par que corroyendo la materia
Su cárcel quebradiza desmorona.

Cada ilusion que pasa por la mente
En ella labra un sulco inadvertido,
Cada gota de sangre mas hirviente
Mas de prisa evapora su corriente,
Desgasta el corazon cada latido.

Cada nuevo cantar que el pecho libra
De amarga sensacion por un momento,
Rompe del mismo pecho oculta fibra
Como suele estallar cuerda que vibra
En el pulsado, armónico instrumento.

Cual fuego que despide brillo inmenso
Es este don fatal llamado Númen,
Y el hombre que lo obtiene es cual incienso,
Cuyos granos preñados de humo denso
Al contacto del fuego se consumen.

Sublime frenesí! su dulce encanto
El anhelo mas vivo nos inspira
De gloria prometiendo el rico manto,
Y ese ropaje, ay Dios! semeja tanto
Al regalo fatal de Deyanira..!

Grande placer soñar con un renombre
Que en áureos caractéres autentica
La fama en su padron; mas, ¿de ese nombre
Qué vale el triste orgullo cuando el hombre
Con letras de su sangre lo rubrica?

La antorcha con que el Númen soberano
De la incorpórea luz reflejos vierte,

Por ley providencial ó error insano,
Él mismo la encendió con ruda mano
En la fúnebre antorcha de la muerte.

Y por esto impregnadas sus centellas
Del riguroso influjo primitivo,
Tan formidables son cuanto son bellas,
Y acaso los estragos de sus huellas
Superan de su encanto el atractivo.

De su poder el genio envanecido,
En cambio de la vida que arrebata,
Al mortal entusiasta ha prometido
Otra vida que libra del olvido
Y en los futuros siglos se dilata.

Mas, ay! bella es la vida que gozamos
Y bellas sus delicias si son puras,
Si en ella á Dios humildes adoramos,
Sus magníficas obras admiramos
Y nos enlaza amor á sus criaturas.

Mas bella que esa auréola mentida
Que aconseja su ciego desperdicio.
Del hombre la esperanza es mas cumplida:
Nacimos para el cielo, y de esta vida
Tan solo Dios merece el sacrificio.

EL RETRATO DEL POETA.

A D. Francisco Muntaner.

La muerte con la rueda de su carro,
Que sordo avanza cual reptil dañino,
Quebranta al hombre, fábrica de barro,
Como á un tiesto arrojado en el camino.

Y sus restos, herencia del gusano
Que en continuo banquete oculto medra,
Se transforman en cieno de pantano,
Se reducen al polvo de una piedra.

¿Quién entónce en los áridos fragmentos,
Que á par de los de un bruto el sol blanquea,

La armazon reconoce y los cimientos
Del noble sér que al mundo señorea?

¿Quién entónces llamara por su nombre
Al esqueleto incógnito que pisa?
Tal vez la fama extiende su renombre,
Mas los huesos no llevan su divisa.

Y el hombre en su ambicion siglos sin cuento
De existir en la tierra sueña en vano:
Inmensa vida abarca el pensamiento,
Y el coto del vivir toca la mano.

Grabado un nombre en piedra funeraria
Á quien con él se honraba sobrevive;
Nombre feliz si excita una plegaria,
Ó un tributo de lágrimas recibe.

Mas aunque lamentado en su comienzo
Pronto enigma será no comprendido,
Miéntras un nombre igual escrito en lienzo
No explique como clave su sentido.

Cual palabra será de extraño idioma
En marmóreo catálogo esculpida,
Y solo destruccion, muerte y carcoma,
Revelará su frase traducida.

Mañana, si hay alguno que la lea,
Sonará tan obscura como el eco
De una piedra arrojada, que golpea
La losa de sepulcro que está hueco.

Oh! si al cruzar de noche un cementerio,
Pronunciando los nombres allí expresos,
De Ezequiel yo tuviese el alto imperio
Para hacer revivir quebrados huesos!

Si hacer pudiera allí de antiguos siglos
Por un momento alzarse los varones,
Y verlos no cual pálidos vestiglos,
Sí con su ardiente brio y sus facciones:

Y ver las damas no entre opacas nieblas,
Sí radiantes de amor y gallardía,
En medio del silencio y las tinieblas
Su hermosura ostentando todavía!

Mas la mente del hombre que imagina
De hechuras fabulosas el contorno,
De insepulto esqueleto no adivina
Las facciones que tuvo por adorno.

Coged un cráneo por su edad luciente

Que ceñido hallaréis quizá de abrojos,
Y decidme si lisa era su frente,
Si de negro azabache eran sus ojos:

Si adornaba fantástica cimera
Las sienes que acribilla la carcoma,
Si lás cubria ondosa cabellera
De bucles empapados en aroma;

O si las manos del amor inmundo
Arrancarla pudieron á deshora,
Mancillando el semblante rubicundo
Amarillez de muerte precursora;

O si fué el huracan del pensamiento
Que de la vida apresuró el otoño,
Despojando la sien de su ornamento
Cual de sus verdes hojas el retoño.

Mas todo lo sabreis si del difunto
El nombre halla en la piedra vuestro anhelo,
Y si trazado al pié de fiel trasunto
Encontrais otro nombre su gemelo.

Los trabajos del diestro lapidario
Escarnece la muerte con su saña;

Mas el pintor bien puede temerario
Sus pinceles cruzar con la guadaña;

Que en este portentoso desafío
La saña de la muerte hace ilusoria,
Él mella á su aguijon el filo impío,
Él roba la mitad de su victoria.

El pueblo de hoy quizas olvida ingrato
Al amigo que duerme so la yerba;
Buscará el de mañana su retrato
Que de morir dos veces le preserva.

Y cual si le tuviese allí delante
Gravará en su memoria las facciones,
Divisa intransmisible del semblante
Que callado preside en los salones.

Mas, habla la mirada de sus ojos
Y de sus labios habla la sonrisa,
Que no es tan mudo, no, cual los despojos
Que riendo por ventura el hombre pisa.

Dénme, pintor, mas vida tus pinceles
Que cercena la mia el tiempo apriesa,
Y no me basta, no, que amigos fieles
Mi pobre nombre esculpan en la huesa;

Que fuera allí bien pronto obscuro texto,
Y solo es el retrato comentario
Que descifra lacónico y modesto
Los viejos cronicones del osario.

Mas, ¿qué vale de un retrato
ver la faz risueña ó triste,
si quizá máscara viste
su triste ó risueña faz?
Gravedad quizá aparenta
el que nada en las orgías,
y vela sus alegrías
de la vergüenza el disfraz.

Tal vez la mejilla luce
de colores contrahechos,
y oculta de sus despechos
las heces el corazon:
O es su risa pasajera
el ensayo de un arrullo
con que el hombre por orgullo
adormece su pasion.

Ni bastara todavía
si en el rostro siempre vieres
de las penas ó placeres

reflejándose el color;
Porque hasta los llantos tienen
mil diferentes sabores,
ya son esencia de flores,
ya ponzoñoso licor.

¿Decirme sabreis si dulces
ó si amargos son los mios?
¿son como agua de los rios
ó como el agua del mar?
Correr sin duda habeis visto
mis lágrimas sin recato,
y vereis en mi retrato
las huellas de mi pesar.

Mas este nunca llegara
á la gente venidera
si gemido yo no hubiera
al compas de mi laud:
Si no ciñera mis sienes
corona de flores mustias:
si de escuchar mis angustias
no holgase la multitud.

Oh! bien haya el trovador
porque es música su llanto;

triste ó sublime su canto
roba siempre la atencion;
Y cautiva y embelesa
aun con su propia agonía
si del arpa la armonía
eco es fiel del corazon.

Su cántico no arrebatan
del tiempo los torbellinos,
cual las plumas y los trinos
de hechicero ruiseñor;
Bien que de otros siglos sea
ó suene allende los mares,
resuena en nuestros hogares
con dulcisimo rumor.

Y si conserva un retrato
su veraz fisonomía,
da vida la fantasía
al lienzo que el rostro da.
Y los que nunca le vieron
cuando moraba en el suelo,
como ángel le ven del cielo
que entre ellos cantando está.

Oh, bien haya el trovador!

para él sus alas despacio
mueve el tiempo, y el espacio
sus límites quebrantó.
Eterno huésped revive
con la gente venidera,
que le ve cual se le viera,
y le oye cual se le oyó.

Los pinceles bien conservan
la tersura de la frente,
ó el risueño continente
del que naciera feliz,
Ó los vestigios del llanto
que corria en triste calma,
si de las llagas del alma
es el rostro cicatriz.

Mas, de una lira añadidle
el melodioso concento,
vereis hasta el pensamiento
bajo la frente rodar:
Vereis quizá los transportes
que dieron brillo á sus ojos,
ó vereis un haz de abrojos
su laurel entrelazar.

Vereis del amor la llama,
terrestre ó pura centella:
fulgor de nítida estrella,
ó ascua de negro carbon.
Los ensueños de la gloria,
del destierro las tristezas,
los recuerdos de proezas
orgullo de su nacion.

Los fantasmas gigantescos
de que la mente se puebla
cuando envueltos con la niebla
los aborta en rudo afan.
Las graciosas ilusiones,
solaz de nuestras miserias,
que al par de ninfas aërias
sin cesar cruzando van.

Así es que te conocemos
cual á un amigo, ó Torcuato,
tu rostro por el retrato
que nos legara un pintor:
Mas por tu armónica lira
tu alma ardiente conocemos,
y el funesto amor sabemos
que te inspiró Leonor.

Y tus angustias nos duelen
cual si del mar en la orilla,
y miéntras la luna brilla
las vinieses á contar;
Que escucharlas nos placiera
y oir su tierno lamento,
confundido con el viento
y el murmullo de la mar.

Un nombre retiene el mármol,
conserva el lienzo un aspecto,
mas solo será perfecto
si de un arpa vibra el son.
Del cuerpo la muda historia
dan el retrato y el nombre,
solo el poeta da al hombre
la historia del corazon.

LA VOZ DE DIOS.

A fray Mariano Aguilo.

Voz entónces delicada
en lo mas íntimo suena,
que el alma eleva y absorbe
en su dulcedumbre inmensa.
. . . . . .
Dijome que le siguiese
á esta soledad amena,
donde el desengaño mora
y la dulce paz se alberga.
FR. ANTONIO PANES.

Hay una voz sin ruido
Que no imprime en las auras movimiento,
Ni en el humano oido
Vestigio deja alguno de su acento:
Voz de misterios rica
Que se siente tal vez mas no se explica.

La siente quien la escucha
En medio del silencio y del reposo,
Y aunque es su fuerza mucha
No perturba el silencio religioso,
Que llena con su calma
La dulce soledad que habita el alma.

Desde los cielos baja
Como el hermoso rayo de la luna,
Que de luciente faja
Atraviesa el cristal de ancha laguna,
Y su esplendor sereno
Infiltra de las aguas en el seno.

Y mas deleite inspira
Al quieto corazon con su embeleso,
Que el son de acorde lira
Que desde solitario bosque espeso
Su melodía entrega
A las brisas de noche veraniega.

Esta es la voz divina
Que del excelso labio se desprende,
Y tiernamente fina
En alas de inefable amor desciende
A despertar un eco
De los humanos pechos en el hueco.

La voz divina es esta
Que el alma recogida en su retiro
Escucha por respuesta
Del ferviente clamor que en un suspiro
Concentra los afectos
Mas gratos á la vez y mas perfectos.

Cuando en amargo duelo
Clava el ojo que lágrimas destila
En el callado cielo
Con humilde esperanza su pupila,
Sentirse esta voz deja
Y el llanto y el pesar bien pronto aleja.

Tambien al peregrino
Que en las encrucijadas de la vida
Ignora su camino,
Indica la vereda apetecida
Que vacilante busca
En medio de la niebla que le ofusca.

Y tú esta voz oiste:
Oiste el misterioso llamamiento,
Y alborozado abriste
Del corazon las puertas al momento,
Como la esposa amada
Que espera de su esposo la llegada.

¿Y qué es lo que te dijo
Esta infalible voz? Te repetia
Doctrinas que bendijo
La encarnada, inmortal Sabiduría,
Por mas que su excelencia
No reconozca ya la humana ciencia.

Palabras te enseñaba
Que el mundo suprimió de su lenguaje,
Consejos te inspiraba
Que la altiva razon con vano ultraje
Ó con falaz sofisma
Escarnece pagada de sí misma.

Palabras y consejos
Que de tu alma los senos alumbraron
Con súbitos reflejos,
Y de gozo tan alto la llenaron,
Que al mundo no desciende,
Ni la razon humana lo comprende.

La voz oiste, y luego
Cifraste en su obediencia tu esperanza,
Clamando sin sosiego
Se abreviasen las horas de tardanza
Que en áspero suplicio
Robabas á tu humilde sacrificio.

Y nada te contuvo:
Encerrado del pecho entre la sombra
Tu espíritu sostuvo
Cruda, incesante lid: lucha que asombra
Porque su triunfo santo
Al mismo vencedor le cuesta llanto.

La hermosa primavera
Á tu inocente vida sonreia
Con aura lisonjera:
El oro ante tus ojos relucia,
Como en bruñido espejo
De matutino sol fugaz reflejo.

El porvenir incierto
No de sombrías nubes ominosas
Mostrábase cubierto;
En el tranquilo hogar de frescas rosas
Benditas por el cielo,
Corona te esperaba de consuelo.

Del tiempo ya pasado
Recordaste las horas que bajaran
A su sepulcro helado,
Sin que nunca en tu pecho despertaran
Ni leve descontento,
Ni un solo turbador remordimiento.

Al toque de la Gracia
De la sangre la voz su grito opuso:
Doblaba su eficacia
El cariño filial, y en son confuso
Rasgaban tus oidos
De la angustia materna los gemidos.

Previste que á pedazos
Tu mismo corazon saltar debia
Cuando de amables lazos
El ñudo estrecho, ay Dios! se romperia,
El ñudo estrecho y santo
Que tu vida llenó de suave encanto.

Entónces con tu diestra
El conmovido pecho sujetaste,
Y firme en la palestra
Cual denodado atleta, recordaste
Los íntimos consejos,
Y: adios! adios! clamaste desde léjos.

La voz te precedia,
Incansable y osado la seguiste
Como á seguro guia,
Y buscar un sepulcro no temiste
Abierto á tal distancia
De la risueña cuna de tu infancia.

Y ni al partir, siquiera
Contaste uno por uno los abrojos
Que pueblan la carrera
Tendida de improviso ante tus ojos,
Cual ántes no contabas
Las flores del camino que pisabas.

Ni con mirada inquieta
Volviste en derredor el pensamiento
Buscando infiel profeta,
Que interpretase el alto llamamiento
Fantásticos sonidos
De ilusion que perturba los sentidos.

La voz del cielo oiste,
Y con piedad sencilla al par que amante
Confiado te pusiste
En brazos del Señor, cual tierno infante
Que de caricias lleno
Se aduerme de su madre sobre el seno.

Tu fe bendita sea,
Bendita la constancia de tu pecho:
La paz que te rodea
El corazon te deja satisfecho,
Y goces te anticipa
Que la saña del tiempo no disipa.

PAZ Y AGITACION.

AL MISMO.

Pax multa diligentibus legem tuam.
Psal. 17.
Anxiatus est super me spiritus meus, in me turbatum est cor meum.
Psal. 142.

¿Por qué para distraerme
á mi lira arrimo el pletro,
si las sílabas del metro
hijas son de mi dolor?
¿Por qué pretendo halagarte
con terrena melodía,
si suena en tu oreja fria
cual desacorde rumor?

Bien sé que la voz del mundo
para ti no tiene encanto,
ni tiene armonía el llanto,
ni la sonrisa placer;
Y que siempre paso á paso
vas siguiendo tu camino,
como sordo peregrino
que su patria anhela ver.

Del hombre que canta ó gime
¿qué son las palabras vanas
sino voz de hojas livianas,
cuando sopla el aquilon,
Para ti que te avezaste
á escuchar á Dios que te habla,
y dulce coloquio entabla
en lo hondo del corazon?

Para ti mudo es el hombre,
sino cuando su plegaria
en iglesia solitaria
levanta al sumo Hacedor;
Sino cuando enternecido
le ves que acompaña á solas
á los vientos y á las olas
que bendicen al Señor.

O cuando los males cuenta
de que su pecho adolece,
no al hombre que compadece
sin poder para aliviar;
Sino al que tiene en su mano
portentosa medicina,
y tierno su rostro inclina
para dolerse y curar.

Para ti mudo es el hombre,
pues aunque sus labios abra
y fluya miel su palabra,
no te llega al corazon.
Ni tampoco te llegara,
de Dios durmiendo en el seno,
si fluyese cruel veneno
de su boca de escorpion.

¿Qué te importan los humanos?
tú les amas con fe pura,
porque amas de Dios la hechura,
y tu amor es caridad;
Pero nunca les has dicho
para obtener su amor vano:
«Mirad que soy vuestro hermano
y anhelo vuestra amistad.»

¿Por qué decirte mis penas,
si mis voces no escucharas,
si no pueden serte caras
por mas que de amigo son?
Mis acentos en tu pecho
no movieran una fibra;
solo cuando el de Dios vibra
se mueve tu corazon.

Ni las voces de natura
penetraran en tu oido,
si su místico sonido
no revelase tu sér.
Revolando por los aires
las aves con sus gorjeos
de la tierra los deseos
te enseñan á desprender.

Y si ves en ella flores,
pasas pronto y no las miras,
y solo su aroma aspiras
porque incienso es del Señor.
Porque antorcha es de su templo
observas el sol de dia,
y te place en noche umbría
de la luna el resplandor.

Y tu alma no se amedrenta,
ni te da leve recelo,
si te dice el arroyuelo
que tu vida huyendo va;
Porque fijas é inmortales
contemplaste las estrellas,
sabes que has de ser cuál ellas,
y que allí tu patria está.

Tranquilo y sin miedo escuchas
la voz de tormenta brava,
pues ves que tambien alaba
al Criador su ronca voz.
No el hijo, sino el esclavo,
ha de lanzar un gemido
cuando el señor ofendido
levanta el látigo atroz.

Si en la luz del rayo brilla
la luz de su ojo tremendo,
si la voz del trueno horrendo
es la voz de su furor;
Temblemos los que el semblante
habemos puesto en el suelo,
y no tiembles tú que al cielo
lo elevaste con fervor.

Como corre el niño tierno
al regazo de su madre,
fuiste á él, dijiste: Padre!
suspiraste con afan:
Y por eso en tu esperanza
su indignacion no te arredra,
que el padre no da una piedra
al hijo que pide pan.

¡Feliz tú cien y cien veces
que pusiste en Dios los ojos!
de la tierra los abrojos
pueden solo herir tus pies;
Mas nunca sangre sus puntas
del corazon te han sacado,
porque aquel á quien lo has dado
lo ha cubierto de un paves.

Hay un cáliz de amargura,
y sea uno ó muchos sorbos,
de sus heces sin estorbos
todo el mundo á beber va:
Y al gustarlo te complaces,
porque de él gustara el Cristo:
porque el cáliz nunca has visto
sinó el ángel que lo da.

Por esto apacible siempre
tu mirada se divisa,
por eso en tu frente lisa
no despunta arruga cruel,
Y es tranquilo siempre y dulce
hasta el blando humor que lloras,
porque en tu éxtasis ignoras
que haya lágrimas de hiel.

Tú no conoces el llanto
que los párpados destruye,
que se acrecienta si fluye,
restañado muerte da:
Lluvia que cae en el pecho
y el corazon no fecunda,
cual ola de mar que inunda
la arena que cerca está.

Pues los ojos que la vierten
es que buscan con desvelo
en el mundo su consuelo,
cual si él lo pudiese dar;
Y cuando enjugarse esperan
les asalta el desengaño,
y reciben nuevo daño,
y de nuevo han de llorar.

La paz, tesoro del justo,
para ti solo has querido,
y al Señor se la has pedido,
porque de él es solo don.
Y su mano generosa
tu deseo ha satisfecho,
y jamas late en tu pecho
turbulento el corazon.

De Dios el místico aliento
como aire rodea tu alma,
y es una atmósfera en calma,
una atmósfera de luz.
Y de ella huyen tus pasiones,
como se alejan las fieras
del fulgor de las hogueras
de la noche entre el capuz.

Porque ya en tu misma cuna
al Excelso has bendecido,
porque cual ángel has sido
en tu inocente niñez:
Y las flores mas risueñas
de tu edad le has consagrado,
y de antemano le has dado
los frutos de tu vejez.

Por eso tu dulce boca
que de Dios la gloria avisa,
se entreabre á la sonrisa,
cual pimpollo de clavel.
Tus ojos buscan el cielo,
y suspiras blandamente,
y no pasa por tu mente
ni un pensamiento de hiel.

Y te es mansa el aura siempre,
y la esfera ves serena,
y es la tierra siempre amena,
y siempre lisa la mar.
Por eso el clamor del hombre,
cual lejana vocería,
ni te asusta ni desvia
del camino que has de andar.

Prosigue feliz tu curso,
que no ha de faltarte amparo:
la luz divina es tu faro;
que se eclipse no hay temor.
La paz del cielo es tu herencia,
sea que andes peregrino,
ó despues de tu camino
te aduermas en el Señor.

¿Por qué de igual ventura no he gozado?
Yo comprendo esta paz que no he sentido:
Inquieto por lo ménos si no hinchado
He visto siempre el mar.
Yo era niño, y lloraba como el hombre:
Me hostigaban de niño las pasiones,
Y soñaba en quimeras é ilusiones
Que se iban y volvian á la par.

De este sueño fatal y lisonjero
Despertar me repugna todavía;
Orillas del sepulcro solo quiero
Se escape mi ilusion.
Porque temo á la vida sin la vida
Que en su fiebre ha creado el pensamiento,
Y al suelo transplantar osado intento
Flores que solo ¡ay Dios! del cielo son.

Yo era niño, y en plácido remonte
Flechar debia á lo alto la mirada,
Que tendí á un fantástico horizonte
De nieblas y arrebol.
Y fascinó mis ojos su hermosura,
Sus celages de grana refulgente,
Su sombra y luz; cual brilla el occidente
Cuando entre pardas nubes muere el sol.

Y dura mi embeleso todavía:
En el vago perfil de sus colores
Presume descifrar mi fantasía
Los signos del placer.
Y pugno, como astrólogo insensato
Que en las formas de nubes caprichosas
Juzga ver escrituras misteriosas,
Y pretende un horóscopo leer.

Siempre, siempre un enigma ó un engaño
Ha sido para mí tal horizonte,
Siempre á los ojos mios ha hecho daño
Su incansable teson.
Y pues siempre he corrido desalado
Por llegar á un confin que siempre huía,
Estraño no es que sienta el alma mia
De tal lucha la amarga desazon.

Cual lloraria un niño que quisiera
Del sol un rayo asir, tal yo lloraba
Al ver que arrebataba mi quimera
Improviso vaiven.
Y ha sido tan acerbo el llanto mio
Cuan hermoso el objeto de mi anhelo;
Era la paz del alma en este suelo,
La paz solo gozada en el Eden.

Una paz perfumada con la esencia
De las flores que brotan en la tierra,
Una paz que el placer y la inocencia
Sostuviesen al par.
Yo la quiero abrazar en blando lecho,
Yo la quiero entre suaves emociones,
Sin que nunca la turben mis pasiones
Ni espinas que en la tierra han de brotar.

Yo juzgué que el amor me alcanzaria
La paz del corazon que á ti te envidio,
Cuando este palpitase en armonía
Con otro corazon.
Mas el amor es flor de intenso aroma
Que á quien la huele dulcemente halaga,
Y luego da vahidos, luego embriaga,
Y atosiga tal vez sin compasion.

Yo amaba, con amor tan puro y santo
Cual ama á tierno infante su Custodio:
Yo amaba, y con el prisma del encanto
Miraba el porvenir.
¡Mi celeste ilusion era tan bella!
Tan puro mi cariño á una hermosa,
Que yo dije: ¿Por qué de mirto y rosa
Corona la virtud no ha de ceñir?

Como un grito en mitad de vasto yermo
Perdí, infeliz! mis lágrimas y endechas;
Quedó mi corazon postrado, enfermo,
Y aun, ay! enfermo está.
Y yo dije entre mí: La gloria sea
La que aliente mi pecho en su letargo,
Y con su miel endulce el pan amargo
Que mi hermosa endulzar no quiere ya.

Mas, qué es la gloria? el polvo de un camino
Que levanta corriendo ufano coche,
Que lo ciñe con denso remolino
Al tiempo de pasar.
Pabellon que un momento solo abriga,
Y luego se deshace, y baja al suelo
Para cubrir de nuevo con su vuelo
Nuevo coche que lo haga levantar.

El aura popular es esa, ¡ay triste!
Y mi ambicion insana la apetece,
Y cuando al fin mi espíritu desiste
De buscarla en su afan,
Acaso espera un póstumo renombre,
Inútil é inodoro sahumerio
Á unos huesos que en pobre cementerio
Revueltos con los otros quizá están.

Dignidades! Poder! Tambien me plugo
Contemplar su radiante perspectiva,
Sin meditar que son dorado yugo
Que abruma la cerviz.
Y cuando en mi entusiasta devaneo
No las columbro al fin de mi camino,
Busco y busco su senda que no atino,
Y exclamo en mi dolor: ¡soy infeliz!

Y si añado: «el saber es que endereza
Á la cumbre que aspiro el pié cansado,»
Mi espíritu se pierde en la maleza
De una selva sin fin.
No penetra mi mente los arcanos,
Ni vuela con osada gallardía:
Solo vuela tal vez mi fantasía
Si el corazon se agita en su confin.

No del todo infelice es mi fortuna,
Pues poseo una lira que embelesa,
Como el plácido brillo de la luna
Bruñendo el velo azul.
Diz que su son las penas adormece:
Mas, ay! que siente al par el alma mia
Del harpa de David la melodía,
Y la negra tristeza de Saul.

Tambien algunas veces he cedido
Á la voz de continuos desengaños,
Y la paz á los cielos he pedido
Con ferviente piedad;
Mas mi virtud rastrera se elevaba
Tan poco de la tierra en aquel vuelo,
Que á la par de cualquier mundano duelo
Lamentaba mi niebla y sequedad.

Así cambiando siempre de esperanza
He pasado en la tierra amargos dias,
Mirando sucederse sin holganza
Ilusion á ilusion.
Como el ancho camino, que en su polvo
Deja ver sobrepuestas ó truncadas
De distintos viajeros las pisadas
Mezclándose en extraña confusion;

Mi pobre corazon impresas lleva
Las huellas de sus vagas ilusiones,
Y en su ansiedad perenne las renueva
Si borrarse las ve:
Porque anhela el reposo; empero teme,
Si un momento disfruta de reposo,
Que enmedio aquel silencio pavoroso
Su letargo ó su muerte oculta esté.

Y por cierto la inercia no es la vida,
Mas tampoco la paz será la muerte....
Oh! goce yo mi paz apetecida!
Oh! goce yo la paz!
Yo la pedí al Señor, que te la otorga
Como el don mas precioso de sus dones,
Mas precioso que cuantas ilusiones
Han sido mi tormento ó mi solaz.

La pedí; pero acaso mi gemido,
Lanzado en mi desmayo ó mi despecho,
De inquieto corazon era el rugido,
Y á Dios con él llamé.
Mas puesto de rodillas á tu lado,
De alcanzar tu sosiego yo confio,
Si es el hondo clamor del pecho mio
La súplica incesante de la fe.

RESIGNACION.

Pourquoi gemis-tu sans cesse,
O mon ame, reponds-moi?
D'où vient ce poids de tristesse
Qui pèse aujourd'hui sur toi?
LAMARTINE.

¿Por qué del tedio abrumada
mi alma flaquea y se postra?
por qué no espera, y arrostra
de la fortuna el rigor?
¿Será que los males caigan
sobre el hombre sin medida,
y tenga aliento la vida,
y falte al alma vigor?

¿Será que al abrir la mano
que derrama los enojos,
cierre el Eterno sus ojos,
y no los cuente al caer?
¿O qué vuelva sus espaldas
despues que al hombre ha herido,
y ni escuche su gemido,
ni sus llagas quiera ver?

¿Ó que en su alcázar del cielo,
amurallado de nubes,
y guardado de querubes,
se ostente sombrío Rey;
Y no vuelva una mirada
á los ojos en él fijos,
y olvide el Padre á sus hijos,
y olvide el Pastor su grey?

Nó; las horas, que de acíbar
va bañando mi fortuna,
él las cuenta de una en una,
cual tambien las cuento yo.
Yo para fijar por ellas
el número á mis congojas,
él para añadir mas hojas
al lauro que me tejió.

Si para mí le tejiste,
Padre mio, no permitas
que las vuelva yo marchitas
con mi insensato dolor:
Que si el cuello no someto
al yugo que me destinas,
sentiré mas las espinas,
sin coger nunca la flor.

¿Qué importa que algun hermano
mi enemigo se declare,
y que el mundo no me ampare,
y me mire con desden;
Si el ojo inmenso, á quien verme
en tanta miseria plugo,
la víctima del verdugo
discernir sabe muy bien?

¿Qué importa que en esa tierra
viva solo y sin abrigo,
ni haya quien llore conmigo,
ni haya quien llore por mí;
Si clavar puedo mis ojos
hácia el estrellado velo,
y exclamar por mi consuelo:
«un amigo tengo allí»?

¿Qué importa que esté bebiendo
en rudo cáliz de cobre,
henchido de agua salobre,
su licor hasta la hez;
Si la vida es solo un sorbo
que nunca deja resabio,
y luego al amargo labio
la miel endulza tal vez?

Oh! por qué mi alma está triste?
¿por qué tan lánguida gime,
y este peso que la oprime
no soporta varonil?
Y al mismo tiempo que siente
ser mengua su cobardía,
llora como lloraria
un corazon femenil?

Soy débil, Señor, muy débil;
no condenes mi tristeza,
que mi virtud es flaqueza;
solo la tuya es virtud.
Encallado en la miseria,
sin fuerza á salir aspiro;
cual un viajero me miro
sorprendido del alud.

Ya sé que vivo en la noche,
y que ha de rayar mi aurora;
mas yo contemplo mi *ahora*,
sin meditar mi *despues*:
Y cegada de la bruma,
mi pupila á ver no alcanza
cómo brilla la esperanza
de las sombras al traves.

Si mi fe medio apagada
sus leves alas apronta,
y ya el alma se remonta
á tu divina region;
Apénas la tierra dejo,
cuando me fatiga el vuelo,
y cae ¡ay triste! del cielo,
porque es carne el corazon.

ARIDEZ.

Anima mea sicut terra sine aqua.
Psalm. 142.

Este campo erial es triste
sin verdor en su maleza:
ya ni yerba le reviste,
¿y buscais en su aspereza
todavía alguna flor?
Este campo desolado
es mi corazon enfermo,
mi corazon desangrado,
que se ha vuelto como yermo
que talara estivo ardor.

Oh! sin duda eran amargas
las lágrimas que vertia
en dias y noches largas,
pues su riego el alma mia
pudo infecunda tornar.
Ya la mente no concibe;
y ántes que brote en su seno
muere el gérmen que recibe,
cual semilla en un terreno
que el agua regó del mar.

¿Dónde está la lira mia
que los pesares aquieta?
El himno de la agonía
no desconsuela al poeta
cuando oye su misma voz.
Mas si esta voz desfallece,
si se hiela el pensamiento,
si al corazon entorpece
y le abruma el desaliento,
esta sí que es pena atroz.

Cual ave que herida cae
y por el suelo rastrea,
clavada la flecha trae,
se desangra y forcejea
para volar otra vez;

Asi de su vuelo ardiente
cayó mi alma enflaquecida,
quebradas sus alas siente,
y al barro del cuerpo asida
gime en valde su aridez.

¿Por qué, Dios mio, tan pronto
apagasteis su destello?
ya mi vuelo no remonto,
bajo mi negro cabello
siento el cráneo envejecer;
Y siento de helada piedra
mi corazon infecundo,
espíritu en él no medra,
y es hoy un gusano inmundo
lo que un ave fuera ayer.

¿Por qué la noche es tan negra
y tan macilento el dia?
natura mi alma no alegra,
natura está muda y fria...
ó mas bien yo sordo estoy:
Que aun el cielo tiene estrellas,
y la tierra tiene flores,
y son blandas las querellas,
y son tiernos los amores;
pero el que era ya no soy.

¡Qué triste es el estallido
de una lira que se quiebra!
qué triste el postrer gemido
del poeta que celebra
su prematura vejez!
Cuando su última armonía
del silencio precursora
resuena en su alma vacía,
y la aduerme, y á deshora
arrulla su languidez;

Cuando á par del avariento
que confiaba en su tesoro,
ve con amargo tormento
la postrer moneda de oro
escapar de su poder;
Entónces el humor frio
que su lagrimal arroja,
semeja estéril rocío
cubriendo marchita hoja
que no hará reverdecer.

Hora sí que mis angustias
bien merecen este nombre:
hora sí que al ver tan mustias
mis mejillas, dirá el hombre:
«sin alivio es tu dolor.»

El puerto de la esperanza
ha cegado la tormenta;
mi mano al laurel no alcanza;
ya la gloria no me alienta,
ya no espero en el amor.

Porque el amor y la gloria
son dos genios que se abrazan,
cual corona de victoria
en que las flores se enlazan
á los ramos de laurel.
Al sonido de una lira
el amor tal vez despierta;
el aire del que suspira
abre en el pecho una puerta,
y otro amor responde en él.

Ah! tan caras ilusiones
ya para siempre he perdido:
me niega el cielo sus dones,
me ha condenado al olvido
en la hora de su furor.
Y si recuerdo que un dia
me halagaba el entusiasmo,
agora aquella armonía
resuena como un sarcasmo
de mi impotente dolor.

Y el corazon retrocede
si al porvenir se abalanza,
que presiente cual sucede
á las voces de alabanza
la de estéril compasion:
Y pido á un cielo de bronce
que mitigue sus enojos,
y pruebo á llorar... y entónce
áridos están mis ojos
cual lo está mi corazon.

TRISTEZA.

Tristeza pues yo soy tuyo,
Tú no dejes de ser mia:
JUAN BOSCAN.

Con tus alas de niebla mojadas,
Que se mueven sin ruido en la sombra,
Ven, Tristeza, que hermana te nombra
De mi pecho el doliente gemir.
Cual nodriza tu leche me diste
De mi madre supliendo el abrazo,
Y al calor de tu blando regazo
Me lograste piadosa adormir.

Quiero agora mi beso de hermano
Devolver á tu pálida frente,
Cual besarme te plugo inocente
Cuando á mi alma alumbró la razon.
Peregrina despues yo creia
Que lejanas regiones cruzabas,
Y tú en tanto callada rondabas
El umbral de mi pobre mansion.

O aguardabas sentada en su piedra
Te llamase mi grito de duelo;
O venias cubierta de un velo,
Si anhelante invocaba al placer:
Porque estabas celosa, y temias
Que su acento de astuta sirena,
Su caricia que al alma enagena
Tus caricias me hicieran perder.

Harto pronto yo pude, ó Tristeza,
Conocer de tu voz el sonido,
De esta voz que retumba al oido
Sin que el aire conmueva en redor.
De mis dias la flor no mecieron
Suaves brisas de frescos abriles;
Era niño, y los juegos pueriles
Me vedaba tu austero rigor.

Del invierno en las tardes sombrías
Me llamabas á obscuro aposento,
Donde apénas osaba mi aliento
Aquel hondo silencio turbar.
Nada en torno se via, y tan solo
Un reflejo de hoguera lejana
Los cristales de un alta ventana
Inflamados solia mostrar.

Cara á cara y á solas entrambos,
Te gozabas teniéndome al lado,
Cual doncella que siente á su amado
O platica en secreto con él.
Si una lágrima entónces cayendo
Lentamente mi rostro surcaba,
Cuando al márgen del labio llegaba
Era dulce cual gota de miel.

Yo no sé por que entónces mis ojos
Su deleite encontraban llorando,
Ni por que con latido tan blando
Palpitábame allí el corazon.
No sé qué era la atmósfera aquella,
Ni qué encanto su sombra tenia:
Sé tan solo que á mi alma placia
El perderse en tan vaga region.

Contemplaba yo á veces las ascuas
Que empezaba á cubrir la ceniza,
Los caprichos de lumbre rojiza,
Que bosqueja el rescoldo tal vez;
Y del modo que allí se transforman
O disipan extrañas visiones,
Mi delirio criador de ilusiones
Disiparse debia á su vez.

No es verdad, no, ó Tristeza, que hiele
Cual la brisa del norte tu aliento,
Ni que bajo tu mano al momento
De la sangre se apague el hervor.
Quien respira el intenso perfume
De las dichas, un vértigo siente;
Quien enjutos sus ojos presente,
Cual los tristes no vive de amor:

Del amor que las almas refleja,
Eslabon que encadena dos almas,
Como el ñudo que uniendo sus palmas
Dos querubes pudieran formar.
Oh! yo así tiernamente la amaba.
¿Qué me importa, si entónces salia
Un suspiro del pecho que ardia,
Y con él una lágrima al par?

Oh! qué espléndido el astro aparece
Del amor al rayar en su oriente!
Cuán hermoso el azul trasparente
De la esfera que empieza á correr!
Deslumbróme su brillo, y pensaba
Que temieras rival á mi bella,
Que de mí te apartaras, y que ella
Heredara tu antiguo poder.

Mayor bien, ó Tristeza, te debo:
Las delicias encorvan el alma,
Mas tú hiciste que enhiesta cual palma
Se elevase la mia hácia Dios.
Tú me muestras los cielos, y en tanto
Me acompañas y sirves de guia;
Tú dijiste: «en su umbral algun dia
Separarnos podrémos los dos.»

¿Y qué fuera de mí desdichado
Si cogido yo hubiese la tierra,
Cual famélico buitre que aferra
Un cadáver cebándose en él?
¿Si el placer con sus alas de fuego
Me asaltara en mitad del camino,
Cual sorprende feroz remolino
Engolfado un pequeño batel?

Yo por horas hubiera vivido
Solamente entre luz y delirio;
Que en la paz de las sombras, martirio
Fuera ver tu semblante otra vez.
Porque tú me encontraras, y entónces
No cual halla una hermana á su hermano,
Sino como al esclavo, que en vano
Se fugaba, su crudo arraez.

Compañera precoz de mi vida,
Ven, tornemos á vernos á solas;
Vale mas tu corona de violas
Que las rosas que ciñe el placer.
Mas fragancia las rosas despiden,
Son mas bellas por cierto á los ojos;
Se deshojan empero, y abrojos
Pueden solo despues recoger.

AL ÁNGEL CUSTODIO

PLEGARIA.

Immittet angelus Domini in circuitu timentium eum: et eripiet eos.
Psal. 33, 8.

Ven para enjugar mi lloro,
ángel mio, presto ven:
deja el cántico sonoro
de tus hermanos al coro,
que tu hermano soy tambien.

De tu atmósfera serena,
bello espíritu, desciende;
y contarte he yo mi pena,
que tu pecho, aunque terrena,
porque es mia, la comprende.

No fué mi voz, Dios te dijo,
al ver yo la luz del dia:
«Me ha nacido un nuevo hijo:
por su escudo, por su guia,
por su hermano yo te elijo.»

Y descendiste á la fuente
do recibia el bautismo;
y no visto de la gente,
tu primer beso allí mismo
selló mi cristiana frente.

Ven ceñido de fulgores,
ó si has miedo que me aterren
de tu faz los resplandores,
si temes que á tus ardores
mis turbios ojos se cierren;

Impalpable cuerpo toma,
toma fantástico traje,
y á mis pupilas asoma
con tu celeste ropaje,
con tus alas de paloma.

Vea yo en su pluma leve
del nácar el arrebol,

ó del íris cuando llueve,
ó del témpano de nieve
puesto al reflejo del sol.

Baja apacible y risueño
cual suave rayo de luna,
Ángel mio, hermoso dueño,
tú que velas en mi sueño,
tú que guardaste mi cuna.

Baja en plácida vision,
como al jóven, que á deshora
al pié de una tumba llora,
le aparece en ilusion
la imágen de su señora.

Baja entre rayos sutiles,
entre nubes de perfume,
con tus formas juveniles
que eternidad no consume
con sus perpetuos abriles.

Mas, si ver tus aéreas galas
no merezco reverente,
sienta al ménos que resbalas
por el aire, y de tus alas
ondule el roce en mi frente.

De su blando movimiento
perciba el suave crujir,
tan suave como presiento
que es tu pié en el pavimento
de cristalino zafir.

Regáleme en tu descenso
el aliento de tu boca,
mas fragante que el incienso
con que envuelta va al Inmenso
la oracion del que le invoca.

Oh! si estrechar yo pudiese
tu mano dentro la mia!
si tu brazo me ciñiese,
si un ósculo tuyo hiciese
arder mi mejilla fria!

Si velados tus destellos
deslizaras con cariño
tu mano por mis cabellos,
cual peina los rizos bellos
cuidosa madre á su niño!

Oh! ven ya, cede á mi instancia,

abrázame lisonjero,
como se enlaza el viajero
al amigo de su infancia
que halla en pais extranjero.

¿Por qué tardas, si mi llanto
eleva hácia ti sus voces?
las sofoca el himno santo?
ó tú, que me aprecias tanto,
mi gemido desconoces?

Si uno por uno me dieras
tus carbunclos y zafiros,
y tu collar me pusieras,
¿será que venir no quieras
para acallar mis suspiros?

Yo sé que tu amor me oye:
ven pues, alárgame el brazo,
estrecha el fraterno lazo,
y permíteme que apoye
mi cabeza en tu regazo.

Y lo verán tus hermanos,
y dirán con alborozo:
«felices son los humanos!»

y aplaudirán con sus manos
tus caricias y mi gozo.

Y los que el albor primero
vieron que al mundo alumbró,
me querrán por compañero
á mí, sér perecedero,
que anciano el tiempo engendró.

Y si al pié de los altares
mis suspiros y oraciones
mezclo yo con sus cantares,
no tendrán voz mis pesares,
no tendrán voz mis pasiones.

Al eco de esta armonía,
mi alma que tanto la anhela
dará saltos de alegría,
como allá en la selva umbría
salta libre la gacela.

Y el acerbo llanto mio
que me arrancaba la angustia,
será entónces cual rocío
que refresca la flor mustia
encorvada al sol de estío.

Y la sierpe que escondida
está contra mí en acecho,
huirá á su infernal guarida,
al ver tu sombra temida
entre su hálito y mi pecho.

Y nada podrá conmigo
de su ponzoña el ardor:
de tus alas al abrigo
solo tú serás mi amigo,
solo Dios será mi amor.

EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.

Clavado en los confines del espacio
Que absorbe sus fulgentes arreboles,
Hay un grupo magnífico de soles
Que inflamó con su aliento el Hacedor.
Soles son sin oriente y sin ocaso,
Que se escapan al cálculo del hombre,
Y se enlazan allí formando un nombre
Velado de su mismo resplandor.

Del Monarca supremo esta es la firma
Que en rasgos inmortales centellea,
Y ni excelso querub la deletrea
Sin palpitar de asombro y de placer:
La firma que el Artífice divino
Á la vasta creacion por sello impuso,
Cuando la vió del caos mas confuso
Levantarse á la voz de su querer.

Tambien al pabellon que cubre el suelo
Estaba destinado igual adorno,
Y la tierra ciñeron luego en torno
Otros soles sin fin de blanca luz.
La llama de sus discos refulgentes
Al ojo escrutador quedó visible,
Tiñendo del azul mas apacible
De las noches el fúnebre capuz.

Mas, ¿por qué en tan magnífico desórden,
Al salir esos globos de sus manos,
Así se esparramaron cual los granos
Que siembra en la llanura el labrador?
¿Quién comprende en capricho tan sublime
La clave que esplicara su armonía?
En valde busco allí la simetría,
Del arte humano plástico primor.

Esas líneas inmensas que se cruzan
Tachonadas de ardientes luminares,
Angulosas, oblicuas, circulares,
De misterioso idioma cifras son.
Son letras con que el dedo soberano
Ha trazado en la bóveda del cielo
Un Nombre que, cual prenda de consuelo,
Tambien lo lleva escrito el corazon.

Yo contemplo en la esfera despejada
Los signos que en la eclíptica se agrupan,
Las estrellas errantes, las que ocupan
Fijo asiento en el límite polar.
El brillo de las Pléyadas hermosas
Andrómeda, el Pegaso, Cinosura,
Y la blanquizca mancha que en la altura
Se extiende como espuma sobre el mar.

Y por mas que su enlace no comprenda,
Esos rasgos me pasman, y ver creo
Radiante geroglífico en que leo
El Nombre mas sagrado y mas feliz.
Sublime y dulce Nombre que pronuncian
El ángel y el mortal, porque es el nombre
De la hermosa que Madre invoca el hombre,
Y que el cielo proclama Emperatriz.

Miéntras more en el valle de miserias
Gozaré del placer mas exquisito
Cada vez que en la esfera mire escrito
El Nombre que consuela mi dolor.
El Nombre que me ofrece la esperanza
De que al cobrar la muerte sus despojos,
En mas alto zenit verán mis ojos
La firma luminosa del Señor.

LAS TINIEBLAS.

TRADUCIDO DE LORD BYRON.

No fué todo ilusion el sueño mio.
Ya no brillaba el sol, y las estrellas,
Sin direccion errando en el vacío,
No vibraban sus trémulas centellas.

Una atmósfera negra circundaba
Á la tierra sin luna, ciega y fria:
Y vino el alba, y fuése, y no llegaba
Á despuntar jamas el claro dia.

Los hombres olvidaron sus pasiones
En medio del horror de tanto duelo,
Y alzaban sus helados corazones
Solamente por luz plegaria al cielo.

Hicieron una hoguera de cabañas,
De palacios de reyes con su trono,
De guaridas, que fieras alimañas
Dejaron por el miedo en abandono;

Y al torvo resplandor de aquella pira,
Que sus caros albergues consumia,
Por la postrera vez cada uno mira
La faz del otro pálida y sombría.

Felices los que entónces habitaban
Aquel monte de llamas, los que en medio
De aquel volcan horrible se lanzaban:
Ya ni esperanza habia de remedio.

Los árboles ufanos con sus ramas,
Las florestas ardian relumbrantes,
Crujen los troncos, caen, mas sus llamas
Decrecen, y se extinguen por instantes.

Imágen no terrena parecia
De aquellos hombres el aspecto, cuando
La luz desesperante les heria
En rudas llamaradas oscilando.

Algunos se arrojaban por el suelo

Cubriéndose los ojos y lloraban,
Otros allí de pié su acerbo duelo
Con amarga sonrisa contemplaban.

Quien cebaba la pira funeraria
Y vagaba frenético, azorado:
Quien miraba en la esfera solitaria
El pabellon de un mundo ya pasado.

Entónces en el polvo sumergidos
Se echaban maldiciones impotentes,
Lanzaban por palabras ahullidos,
Rechinaban horrísonos sus dientes.

Sus alas sin provecho para el vuelo
Arrastraban las aves altaneras
Entre roncos graznidos por el suelo,
Y temblando amansábanse las fieras.

Silvando serpeaban en la tierra
Vívoras que servian de alimento:
Y de nuevo estalló la cruda guerra
Que cesara no mas por un momento.

Comprábanse con sangre los manjares,
Y á solas cada cual los engullia

Escondido en sus lóbregos hogares:
Entónces ni piedad, ni amor habia.

Solo habia una idea aterradora,
La de un fin inmediato y lamentable:
Y el hambre de la muerte precursora
Royendo las entrañas insaciable.

Al morirse los hombres, su osamenta
Cual su carne insepulta descansaba:
Hostigaba el rencor la turba hambrienta
Y un flaco al otro flaco devoraba.

El hambre se aumentó: llegó á tal punto
Que hasta á su propio dueño el can mordia;
Mas uno siempre fiel quedóse junto,
Y el cadáver del suyo defendia.

Las aves alejaba con su celo
Y de bestias salvajes las manadas,
Que eran los muertos un atroz señuelo
Para enjuagar sus fauces desecadas.

Ni alimento buscaba; pero en vano
Con ladridos continuos de agonía,
Lamia á su señor la helada mano
Que nunca á sus caricias respondia.

Habia en un altar amontonadas
Las ofrendas del místico servicio,
En moribundas ascuas destinadas
Al uso de profano sacrificio;

Resto de un pueblo, allí se reunieron
Dos hombres enemigos, sin respeto
Las calientes cenizas removieron
Con sus temblosas manos de esqueleto;

Y al aplicar su desmayado aliento
Saltaron llamas que un escarnio fueron,
Y un grito de terror siguió al momento
Que elevaron los ojos y se vieron.

Su mutua fealdad les espantaba,
Y al mirarse murieron, no sabiendo
Cuya era aquella frente do grababa
El hambre cruel un sello tan horrendo.

Era la tierra un tétrico desierto
Sin flores, yerbas, árboles ni vida,
Sin hombres y sin luz: un astro muerto,
Una masa de barro endurecida.

Las aguas de los mares y los rios

Reposaban sin brisas, sin espuma:
Clavados en su seno los navíos
Se hundian podrecidos de la bruma,

Y á pedazos los mástiles se hundian
Sin conmoverse el piélago siquiera,
Las olas en su tumba no bullian,
La luna su señora ya muriera.

Y en el aire estancado, moribundo,
Espiraban los vientos y las nieblas,
Su obscuridad inútil era al mundo,
Y eran el mundo todo las tinieblas.

EL VACÍO.

Nec circumfuso pendebat in aëre tellus
Ponderibus librata suis...
OVID. Metam. I.

So deep the silence, and so strong the blast,
As nature dy'd, when she had groan'd her last.
YOUNG. The last day.

Fuese ilusion de ardiente fantasía
Que su delirio juzga un vaticinio,
Fuese el pavor de aquella profecía
Que anuncia al universo el exterminio;

Soñé que habia un ángel despojado
De su túnica de aire á nuestro mundo,
Cual hace el vencedor que despiadado
Desnuda á su enemigo moribundo.

Para escaso alimento de la vida,
Dejara algunos átomos á solas
En torno de la tierra parecida
Á un tiburon sacado de las olas.

Cercano al occidente el sol brillaba;
Mas su luz no bruñia el ancho cielo,
Ni leve nubecilla recamaba
De plata ó de carmin su opaco velo.

Los montes que á lo léjos se extendian
Su franja azul en verde convirtieron:
Sus cumbres que entre nieblas se perdian
Al punto destacadas parecieron.

Mostrábanse los árboles lejanos
Con recortadas formas y matices,
Y estaban tan inmobles los cercanos
Como selva bordada en los tapices.

Remotos edificios, que denantes
Alcanzaba la vista á duras penas,
Dejaban ver mas claros sus semblantes,
Como al secarse un rio las arenas;

Mas todo su contorno era tan duro,

Que lastimaba á guisa de un abrojo:
Los objetos hundidos en lo obscuro
Distinguir no podia ningun ojo.

Canoro ruiseñor con su gorjeo
La floresta alegraba, de repente
Sorprendióle en tan plácido recreo
De astuta sierpe el vaho pestilente,

Y en la invisible red aprisionado,
Cual si tirase de él robusta hebra,
Sus alas sacudia, y mal su grado
Se entregaba al rencor de la culebra.

El vehículo empero de su muerte
Cesó por dicha en tan amargo trance,
Y escapó el ruiseñor, extraña suerte!
Del mágico reptil al fiero alcance.

Su nueva libertad cantar propuso
Y de nuevo alegrar aquel districto,
Movió su pico... se escuchó... y confuso
Creyó su voz perdida en tal conflicto.

Por demas daba aliento á su garganta,
Sus pruebas por demas repite ó trunca,

El profundo silencio no quebranta,
Ni un trino, ni un chillido oia nunca.

Entónces quiso huir, y para el vuelo
Sus alas desplegó, y al dar un salto,
Tan desplomado vino al hondo suelo,
Como erizo que vuelca de lo alto.

Y corria, y corria, y de unos sauces
Volar no pudo á las bajeras ramas,
Y vióse de la sierpe entre las fauces
Antes que oyese allí rumor de escamas.

Ya trasponia el sol su disco ardiente,
Y la sombra, al bajar por la montaña,
Semejaba anchísimo torrente
Que á sumergir venia la campaña.

Jamas fuera de dia tan distinta,
Ni de noche tan fúnebre la sombra;
Era como un raudal de negra tinta
Que manchaba de flores una alfombra.

La luz y las tinieblas dividian
El espacioso campo en que reinaban,
Y sus lindes allí no confundian,
Ni entrambas mutuamente se templaban.

Mas, la sombra crecia en tal momento,
Como en casco de nave que se arrea
Se extiende sobre el leño amarillento
El baño de alquitran y obscura brea.

Y al ocultar el sol su faz radiante,
Sobrecogió la tierra de improviso
Completa lobreguez: ni un solo instante
La detuvo el crepúsculo indeciso.

En vano el suave azul que el pecho alegra
Buscaba con afan la vista inquieta
En la celeste bóveda, tan negra
Como templo colgado de bayeta.

En su fondo brillaban las estrellas,
Como flores de plata en negro paño,
Y brillaban mas vivas y mas bellas,
Que no ántes de suceso tan extraño.

Pero á pesar de luz tan brilladora,
Dañaban cual los ojos de las hienas,
Porque era ya la noche sin aurora
Aquella en que lucian tan serenas.

Debajo un cenador de hojosas vides,

En rientes grupos hombres y mugeres
Del amor celebraban los ardides,
Cantaban de la vida los placeres.

Cubria el pavimento de la estancia
Un inmenso feston de cien colores,
Y mezclaban los vinos su fragancia
Al perfume exquisito de las flores.

Mas estas de repente sus matices
Mostraron sin tersura y sin aroma,
Cual si hubiese tronchado sus raices
El diente roëdor de la carcoma.

Repletos del festin se levantaron
Los hombres en tropel, y sus mancebas
A guisa de bacantes ensayaron
Para un baile procaz figuras nuevas.

Cien músicos soplaban á porfía
De canoro metal un instrumento,
Soplaban, y un susurro de armonía
No llegaba al oido mas atento.

Bajaron las tinieblas, y ancha hoguera
Relumbró con escasas llamaradas,

Y se apagó, sin que ántes consumiera
Su corona de ramas chamuscadas.

Pero al fulgor de aquella luz siniestra
Pudo verse una horrible pantomima,
Los grotescos visajes de la orquestra,
Y un baile sin compas que daba grima.

Y parejas de amantes que se hablaban
Sin que la voz saliese de sus pechos:
Con azorados ojos se miraban,
Y abrazos se cambiaban mas estrechos;

Y en su ardiente embriaguez, en su locura,
Cada beso una sílaba suplia,
Sin observar que en vez del aura pura
La cólera de Dios les envolvia.

Aterrados lanzaban los leones
Sus rugidos, espanto del desierto;
Mas no tronaba en cóncavas regiones
Su bronca voz: el eco habia muerto.

Huyendo de un chakal fragoso llano
Dos buitres como gamos recorrian,
Corriendo aleteaban, y era en vano,
Pues sus alas de peso les servian.

Sin verse entre la sombra confundidos
Morar pudieran lobos y corderos,
Que no avisaran á unos los balidos,
Ni á su ahullo temblaran los postreros.

Ni el sabueso de olfato delicado,
Que la pista jamas dejó perdida,
Despertara la liebre que á su lado
Durmiese entre la yerba recogida.

Viento en popa vogaba hermosa nave,
Y súbito sus velas se aplanaron,
Cual se doblan las alas en un ave
Que las flechas del hombre atravesaron.

Y en medio de la mar quedó enclavada,
Cual roca que en un lago se derrumba;
Y era la mar aquella no azulada,
Negra y lisa cual mármol de una tumba.

Temblando la miraban los marinos,
Para quienes no fueran mas horribles
Ni el amago de hirvientes remolinos,
Ni el peligro de escollos invisibles.

Un sordo cañonazo dispararon,

Y el humo como tela cenicienta
Cayó en la mar: entónces invocaron
Cual genio salvador á la tormenta.

Mas no habia en el cielo ya huracanes
Como en la mar espumas ya no habia;
Negado estaba el puerto á sus afanes:
Para ellos la esperanza no existia.

Bien pronto consumidas estuvieron
Las postreras moléculas de vida,
Y con bascas terribles perecieron
Las bestias que vagaban sin guarida.

Y los hombres sus bocas espantosas
Abrieron como perros fatigados,
Y congojas sufrian horrorosas
Como enfermos del vómito asaltados.

Horrible fuera verles jadeantes,
Horrible ver sus ansias, su despecho,
Tan cruel como el de huérfanos infantes
De una estatua chupando el seco pecho.

Algunos los cabellos se mesaban,
Miéntras otros con rudo fingimiento

La boca de su amiga allí besaban,
Para robarla un soplo de su aliento.

Nunca el placer mas vivo y descuidado
Se trocara en desdicha tan extrema:
El rey mas ambicioso hubiera dado
Por un átomo de aire su diadema.

Era la tierra un lecho de tormento,
En que al rigor divino entónces plugo
Al hombre hacer sufrir suplicio lento
Sin quejidos, sin sangre y sin verdugo.

Oh! en vano el mortal luchara entonce
Con destino tan crudo, tan impío!
El pabellon del cielo era de bronce,
Y la tierra giraba en el vacío.

A NAPOLEON BONAPARTE

Oda.

TRADUCCION DE LORD BYRON.

Expende Annibalem: quot libras in duce summo Invenies?

JUVENAL. *Sat. V.*

El emperador Népos fué reconocido por el senado, por los italianos y por las provincias de las Galias. Sus virtudes morales y sus talentos militares eran altamente celebrados, y los que esperaban algun beneficio particular de su gobierno, anunciaban de un modo profético la restauracion de la pública felicidad. . . . . .

Su vergonzosa abdicacion le dió algunos años mas de vida, pero reduciéndole á una condicion muy ambigua, entre emperador y proscrito.

GIBBON. *Decadencia y ruina del imperio romano, vol. 6.*

Ayer, rey todavía,
Ceñida la diadema
Del glorioso esplendor de su renombre,
Los reyes combatia;
Mas hoy no hay quien le tema,

Y vive aun aqueste ser sin nombre.
Decid: ¿es este el hombre
Á quien para su asiento
Mil tronos dió la guerra?
¿Es este el que sembró la vasta tierra
De huesos de enemigo? ¿y tiene aliento
De estar sobreviviendo á su ruina?
Desque de luz divina
El matinal Lucero vióse falto,
Ni hombre ni ángel cayera de tan alto.

Insensato! á tu gente,
Que humillada de hinojos
Se postraba ante ti, ¿por que la heriste
Con látigo inclemente?
Cuando fijos los ojos
En tu propio esplendor ciego volviste,
Al resto los abriste
Y á ver les enseñaste.
Con un poder inmenso
Para salvar, en premio del incienso
Que un pueblo te ofreció, le regalaste
El triste galardon de tumba fria.
¿Quién presumir podia,
Antes que tú doblases la cabeza,
Que es menor la ambicion que la flaqueza?

Gracias por este ejemplo,
Leccion mas provechosa
Que el clamor de filósofos austeros,
Para aquellos que el templo
De gloria belicosa
Buscarán en los siglos venideros.
Los fúlgidos aceros
Su encanto ya han perdido,
Y ora que está deshecho
No tornará á forzar del hombre el pecho
Á que adore sumiso, envilecido
Esos terribles ídolos monstruosos,
Fantásticos colosos
Que con frente de bronce y pies de tierra
Fabricaron las manos de la guerra.

Del triunfo el alborozo,
El grito de victoria
Que al orbe extremecia en su cimiento,
De la refriega el gozo,
La vanidad, la gloria
De tu existencia fueron el aliento.
El acero sangriento,
El hábito del mando
Al cual ya parecia
Que todo hombre nacido solo habia

Para acatar y obedecer callando,
El cetro que á la fama ha sometido,
Ya todo está perdido:
Infeliz! cuanto debe de ser triste
El recuerdo fatal de lo que fuiste!

El vencedor vencido!
El que al mundo asolaba
Desolado á su vez en un instante!
El árbitro temido
Que los destinos daba,
Por su propio destino suplicante!
¿Acaso vacilante
Te resta todavía
Imperial esperanza
Que mitigue el dolor de tal mudanza?
Ó temes solo ya la muerte fria?
Rey pudiendo morir sin menoscabo
Quieres vivir esclavo?
Oh! tu eleccion innoble te sonroje,
Cobarde es el valor que tal escoge.

Aquel antiguo atleta
Rajar la encina quiso
Sin prever que estaria allí su mano
Fuertemente sujeta.

Asido de improviso
Al duro tronco que rasgaba en vano,
Y en soledad lejano
Cuál su dolor seria!
En tus fuerzas confiado
Hazaña igual acometiste osado,
Y ha sido al fin tu suerte mas sombría.
Cayó aquel, y sus garras carniceras
Clavároule las fieras:
Mas, ¡ay de ti, que debes resignarte
Tu propio corazon á devorarte!

El dictador romano,
Cuando el ardor del pecho
Con la sangre de Roma hubo apagado,
Arroja de su mano
El puñal, y á su techo
Con salvaje grandeza vuelve osado.
Á su primer estado
Volvióse, cual si hiciera
Cruda mofa el verdugo
De aquel pueblo, que libre de su yugo
Admite la sentencia que él se diera.
Su gloria singular fué aquel momento
En que tuvo el aliento
De abdicar de buen grado el poderío
Y su trono despues mirar vacío.

Saciado el apetito
De mando soberano,
Deshecho ya su animador encanto,
Un rosario bendito
Cogió el monarca hispano,
Y arrojó sus coronas y su manto.
Por una celda en tanto
Trocó su vasto imperio;
Y al ménos solitario,
Las cuentas al pasar de su rosario,
Ó al disputar sutil de algun misterio
Su locura halagó. Mejor le fuera
Si nunca conociera
El fúnebre ataud del fanatismo,
Ni el trono do se sienta el despotismo.

Pero tú... de tu mano
Que en valde resistia,
El rayo asolador han arrancado.
Al mando soberano
Tu flaqueza se asia,
Y ya sobrado tarde la has dejado.
Por mas que hayas dañado,
Espíritu maligno,
El corazon quebranta
Ver al tuyo sin fibra en mengua tanta;

Ó pensar que este mundo hermoso, digno
De la mano de Dios, tan solo ha sido
Pedestal do ha subido,
En el delirio de su audaz empeño,
Un sér tan miserable y tan pequeño!

Que su sangre haya dado
La tierra sin encono
Por quien es de la suya tan avaro!
Que ante él hayan temblado
Los reyes por un trono
Que luego agradecieron á su amparo!
O libertad! cuán caro
Tu nombre sernos debe,
Cuando así sus temores
Ocultar no han podido tus mayores
Enemigos! Oh! nunca, nunca lleve
En pos de sí renombre esplendoroso
El tirano orgulloso,
Porque á la humanidad que lo trasluzca
Su fementido brillo no seduzca.

De tus hechos la historia
Dejaste en sangre escrita,
Y no así vanamente rubricada.
De tus triunfos la gloria

Para siempre marchita
Recordará el borron que la degrada.
Si á la tumba callada
Hubieses descendido
Cual desciende el honrado,
Quizá otro Napoleon se viera alzado
Para escarnio del mundo envilecido
Que á sus plantas de nuevo se postrara:
Mas ¿quién agora osara
Remontarse del sol hasta la altura
Para extinguirse en noche tan obscura?

Del héroe el polvo inerte
No pesa mas que el lodo
Que de vulgar ceniza está formado.
Tus balanzas, ó muerte,
Fieles son para todo
Lo que corre á sumirse en lo pasado.
Yo juzgué que animado
De divina centella
Debia estar el hombre
Que de grande adquiria alto renombre:
Juzgué que desmayaba al fin su estrella;
Mas nunca que el desprecio burlaria
Con tan ruda ironía
Á los que con ausilio de la guerra
Señores se proclaman de la tierra.

Y tu imperial consorte?
Aquella flor tan pura,
Que en el jardin del Austria se mecia,
Posible es que soporte
Esta hora de tortura?
Á tus brazos se aferra todavía?
Doblegarla debia
Tambien el soplo impío?
Rey sin trono! su pecho
Partir debia acaso tu despecho
Y tu arrepentimiento ya tardío?
Oh! si ella todavía fiel te adora,
Consérvala tu ahora,
Que bien vale esta piedra refulgente
La corona que ha caido de tu frente.

Ora pues date prisa,
Corre á tu isla sombría,
Y sobre el golfo extiende tu mirada:
Arrostrar tu sonrisa
Puede la mar bravía,
Que por ti nunca ha sido gobernada.
En la arena tostada
De su orilla, tu mano
Del todo vuelta ociosa,
Escriba negligente que reposa

Libre la tierra como el mar insano.
En tanto no desdeñes no soberbio
El antiguo proverbio
Del que bajó de un trono en sangre tinto,
Para enseñar los niños de Corinto.

En tu jaula cautivo
Cual nuevo Bayaceto,
¿Cómo aviva el furor tu desvarío?
¿Qué es lo que pensativo
Revuelves en tu aprieto?
Un solo pensamiento crudo, impío:
El mundo, ay! era mio.
Oh! si no has ya perdido,
Semejante al monarca
Que de Asiria pacia en la comarca,
Junto con tus imperios el sentido,
Fuerza será que pierdas prontamente
Ese espíritu ardiente,
Que tanto tiempo obedecido fuera
Y que de serlo tan indigno era.

¿Sobrevivir quisieras
Á golpe tan violento
Como el ladron de la celeste llama?
¿Acaso compartieras

Su buitre siempre hambriento,
Y el risco aquel do encadenado brama,
Y en valde perdon clama?
Tú por Dios castigado,
Del hombre maldecido,
Con tu postrera accion te has atraido
La mofa del arcángel reprobado.
Oh! á lo ménos él su orgullo horrendo
Conservaba cayendo;
Y si fuese mortal, entonce es cierto
Que con noble altivez hubiera muerto.

Hubo un momento, cuando
La tierra sometida
Estaba á Francia, y Francia tuya era,
En el cual abdicando
Tu poder sin medida
Fama alcanzaras pura y duradera.
Mejor lauro te diera
Accion tan generosa
Que de Marengo el nombre.
En tu ocaso durara tu renombre,
Y en la luz del crepúsculo dudosa
De los futuros tiempos brillaria,
Por mas que en cruel porfía
Eclipsar presumiera su memoria
De algun crímen la nube transitoria.

Mas tú ser rey de veras
Quisiste, y regio traje
De púrpura llevabas satisfecho;
Cual si encubrir pudieras
Con el falaz ropaje
Los recuerdos clavados en tu pecho.
Oh! dime: ¿qué se han hecho
Tu ajada vestidura,
Tus dijes de muchacho,
La estrella, los collares, el penacho,
Que tanto engalanaban tu apostura,
Que tanto amaste con pueril cariño?
Envanecido niño
Será que melancólico te inquietes
Porque han desaparecido tus juguetes?

¿Dónde podrá en sosiego
El ojo fatigado
Contemplar un varon grande, eminente,
Que no le encuentre luego
Ni en despreciable estado,
Ni de culpable gloria refulgente?
Ah! uno solamente
El primero, el postrero,
El mejor, el mas grato,
Del occidente el noble Cincinato

En quien la envidia no encontró asidero,
Aquel que de Washington lleva el nombre.
Para mengua del hombre,
Para sonrojo eterno é importuno,
En la tierra ha nacido solo uno.

ABDIEL.

Quia in inferno nulla est redemptio.
Respons. defunct.

No era de noche, y nunca tan obscura
La noche habia al mundo sorprendido:
Nunca en mar de tan fúnebre negrura
Se viera un astro muerto sumergido.
Cual corazon hundido
En lo opaco del pecho que lo encierra,
El mundo entre su atmósfera latia,
Porque no eran las sombras todavía
Sudario del cadáver de la tierra.

Y crecieron hinchadas las tinieblas,
Como olas que entumece crudo viento,
Cual de un valle elevándose las nieblas

Abultan su volúmen ceniciento.
Su raudo movimiento
La tierra absorta habia entorpecido,
Yaciendo entre las masas de la sombra,
Cual trasquilada oveja entre la alfombra
De los negros vellones que ha perdido.

Y de ella en derredor acumulados
Formaban á su sien corona inmensa
Los globos, que de su órbita arrancados,
Clavábanse en atmósfera mas densa.
El sol sin llama intensa
Cubierto de cilicio parecia;
Su blanda luz velaban las estrellas,
Y ni siquiera pálidas centellas
El choque de dos astros producia.

Desde ellos sus gloriosos tutelares
Fijaban en la tierra entrambos ojos,
Y el concierto inmortal de sus cantares
Cedia á la expresion de sus enojos.
Mas eran, ay! tan flojos
Los ecos de un dolor que helaba el pasmo,
Que en medio de un silencio cruel se oia
En Dios el estertor de la agonía,
Y en el hombre las risas del sarcasmo.

Otros de los espíritus celestes
De la sagrada Cruz mas cerca estaban,
Y los peñascos del Calvario agrestes
Con invisibles lágrimas regaban.
Algunos ocupaban
Del Líbano los cedros corpulentos,
Los cipreses de Sion de fruto esquivos,
Las palmas de Cadés, y los olivos
Del huerto de Getsémani sangrientos.

Sumido en su dolor, y solitario
En una de las breñas del Carmelo,
Revolviendo un proyecto temerario
Estaba Abdiel, el ángel sin consuelo;
Espíritu gemelo
De otro ángel infeliz, que deslumbrado
Por su inmenso esplendor, fué seducido,
Y compartió las penas del vencido,
Porque siguió la voz del rebelado.

Juntos los dos del tiempo en la mañana
Brotaron, como el rayo de la luna
Que penetrando en gótica ventana,
Divide luego en dos sutil coluna.
En una misma cuna
Reposaron los dos, juntos sintieron

El soplo del Señor que les heria,
Y juntos al fulgor del sumo dia
Sus alas de oro y nácar extendieron.

Mas dado apénas el primer abrazo,
Dulce emblema del vínculo fraterno,
Llegó de la batalla el triste plazo,
Y abrió sus negras fauces el infierno.
Llanto vertia tierno
Abdiel entre los bellos vencedores,
No teniendo á su lado ya al amigo
Que se via arrojado por castigo
De un mar de intensa llama á los ardores.

El rojo lagrimal Abdiel enjuto
Del compasivo duelo no tenia,
Cuando le dijo Dios: «Su primer fruto
Ha dado la muger en este dia;
Tú su custodio y guia,
Y su amigo has de ser: desciende al suelo.»
Y el agraciado espíritu obediente
Prosternó ante el Señor la augusta frente,
Y hácia el mundo abatió su raudo vuelo.

Hermoso era sin duda el primer hijo
Que durmió de muger en el regazo;

Y le miraba Abdiel con regocijo,
Y al de la madre unió su tierno abrazo.
Eterno creyó el lazo
Que ataba con el ángel al infante,
Porque en cuerpo tan bello presumia,
Que huésped de un momento ser debia
Un espíritu al suyo semejante.

Y ya la espina cruel de sus memorias
Su corazon punzaba mas remisa,
Y entónces de esperanzas ilusorias
Del niño le llenaba la sonrisa.
Rodaban pero aprisa
Los años con fatídica porfía,
Y en varon el infante se trocaba,
Y la imágen del ángel se borraba,
Y la imágen del hombre aparecia.

Y la tierra que estaba por desgracia
Abrevada de un tósigo reciente,
Exhalaba con toda su eficacia
De la ponzoña el hálito inclemente.
Bien pronto delincuente
Al nuevo objeto vió de su cariño,
Bien pronto lamentó su doble muerte;
Y vió como sufrian igual suerte
Su ángel hermano y su gracioso niño.

Desde entónces el pecho generoso
Que albergar no podia propias penas,
Se nutria en tormento misterioso
Compartiendo el pesar de las ajenas;
Y en las regiones llenas
De perfumes, de luz y de armonía
Blanca niebla flotaba de aire hueco,
Y en su diáfana red, cual débil eco
De distante gemido, Abdiel gemia.

O errante por el páramo, que inmenso
Del espacio se extiende en los confines,
Vagaba melancólico y suspenso,
Moviendo á compasion los serafines.
Cruzaba los jardines
Que por gayadas flores dan estrellas,
O hallaba en su carrera nuevos soles,
Y en esferas de vivos arreboles
Inundaba de luz sus alas bellas.

Y á pesar del concierto de los mundos,
De los astros que giran esplendentes,
De las harpas y cánticos yocundos
Que armonía derraman á torrentes,
Sus lágrimas dolientes
En los ojos el ángel retenia,

Porque en aquel magnífico concento,
De sus tristes amigos el lamento
De trecho en trecho oir le parecia.

Cual lloraria un ángel desterrado
Al aspirar la atmósfera del suelo,
Así lloraba Abdiel, de luz bañado,
Y entre los goces íntimos del cielo.
Y el tiempo, que en su vuelo
Enjuga cuantas lágrimas destila
El hombre á quien devora pena interna,
Secar pudo jamas la gota eterna
Que empañaba su fúlgida pupila.

Mas la hora del consuelo de la tierra,
La hora de Redencion llegado habia:
Hora en que el manantial que al tiempo encierra
La plenitud del tiempo descubria:
Hora que dividia
La eternidad en dos eternidades:
Hora tremenda en que un licor sangriento
Debia dar de gloria y luz aumento
Del porvenir eterno á las edades.

Y Abdiel lo meditaba silencioso,
En tanto que su estática mirada,

Atravesando el aire tenebroso,
Persistia en el Gólgota clavada;
Y al ver la cruz bañada
En la sangre divina del Cordero,
Concebia el valor de cada gota,
Y un pensamiento audaz con fuerza ignota
Su tristeza engañaba lisonjero.

«¿Por qué esta sangre de virtud inmensa
En la manchada faz del mundo para?
Ah! si como la luz el aura densa,
Los poros de la tierra penetrara!
Ah! si á tocar llegara
Una gota no mas de este reguero...!
Una gota no mas, fuera bastante
Para extinguir el sol mas rutilante
Que relumbró en el caos el primero.»

Y dominado de esta grande idea
Partió al Calvario el ángel velozmente,
Y la sangre del Cristo que chorrea
Adora consternado y reverente;
Y luego en su corriente
Humedeció las puntas de sus alas,
Que en hilos de cristal y de oro finos
Imitan en cambiantes peregrinos
De estrellas y de flores brillo y galas.

Así en las aguas de pequeño charco,
Que allá en el corazon de selva inculta
De entretegidas ramas verde arco
A los amagos del estío oculta,
Su plumaje sepulta
La avecilla, y lo extrae humedecido
Para amasar el barro pegajoso,
Con que está fabricando sin reposo
A su futura prole blando nido.

Con su rico tesoro Abdiel ufano
La ilusion estrenaba del consuelo,
Y sus alas abriendo al aire vano
De su honda lobreguez rasgaba el velo:
Y dejaba en su vuelo
Un rastro blanquecino, cual seria
La despejada zona de blancura,
Si entre la cerrazon de noche oscura
Se viese relucir la láctea via.

Así pasa un cometa, y de centellas
Puebla el camino que en la esfera graba;
Así en chispas de luz sus raudas huellas
En la compacta sombra Abdiel marcaba:
Y en tanto que volaba
De la tierra buscando los confines,

Por entre opacos astros y querubes,
Se abrian á su tránsito las nubes,
Y humillaban su sien los serafines.

Y volaba, y volaba, y de su ruta
Por fin tocaba el término sombrío,
Entrando por la boca de una gruta
De ancha caverna al ámbito vacío.
Cual subterráneo rio,
El ángel penetraba en las honduras;
Y junto al cráter de un volcan inmenso,
Envueltas vió saltar en humo denso
De ardiente llama ráfagas obscuras.

Llamas sin claridad; mas el tumulto
Que rugia en su lóbrego recinto
De allí le hizo apartar, y Abdiel oculto
Costeaba el horrible laberinto.
Un boqueron distinto
Encontró, do la llama solitaria
En espumoso ardor no hervia dentro,
Y sacudió sus alas... y en el centro
Sumergió su esperanza temeraria.

Cayó la sangre en el desierto lago,
No cual de redencion feliz primicia;
Sangre era que añadir debia estrago

É implacable rigor á la justicia.
El crímen su malicia
Dobló, desque la víctima inocente
Cual rio de perdon la derramara,
Y el fuego que esta sangre salpicara
Exacerbar debió su saña ardiente.

Cayó la sangre, y su aspersion divina
Perturbó de aquel piélago el sosiego,
Cual si chorros de azufre y de resina
Cebaran las hogueras de su fuego.
Un terremoto luego
Sacudió las convulsas cavidades,
Creciendo, con el súbito trastorno,
En crudeza las llamas de aquel horno,
Y en extension sus vastas soledades.

Y de una carcajada el estampido
Resonó en el vecino y ancho seno,
Cual de salvajes fieras el bramido
Que se mezcla al fragor de ronco trueno.
De rabia estaba lleno
El vencido Luzbel, la frente brava
Que en su segunda caida sumergiera
Acababa de alzar: entónces era
Que de su espanto horrible despertaba.

«Querubes, exclamó, nos ha vengado
El mismo que se jacta de vencernos.
¿Con su muerte sangrienta, qué ha logrado
Sino añadir mas llama á los infiernos?
Oh! no lo veis? eternos
Serán estos ardores que han crecido.
¡Ay de cuantos su sangre marque en vano!
Probarán al caer en nuestra mano
Las llamas que esta sangre ha embravecido.»

«A los hijos del Cristo seduzcamos;
Y al Cristo en su prosapia vencerémos,
Y cuando en nuestras garras les tengamos,
En aquel seno atroz les hundirémos.»
Cesaron los blasfemos
Acentos de Luzbel: sulfúreos rios
Brotaban del volcan, y Abdiel saliendo
Tres veces suspiró, y voló diciendo:
«Oh! no hay ya redencion, amigos mios!»

LOS SIGLOS ANTE JESUCRISTO.

VISION.

Misterioso clamor el sueño mio
Vino á turbar: medrosos del espanto,
Mis ojos tras el párpado sombrío
Se ocultaron inmobles y sin llanto.
Resonaba entre tanto,
Solemne cual la voz del moribundo,
Aquel clamor que el pecho extremecia;
Porque era el estertor de la agonía,
Ó el canto funeral del muerto mundo.

Mis ojos á pesar de las tinieblas
Un monte divisaron, cuya cima
Envolvia un capuz de gruesas nieblas,
Teniendo un mar sin olas por tarima.
Tristeza daba y grima
Ver aquel monte erial; sus peñas huecas
Con pisada de bruto no gemian,
Y solo escasos árboles cubrian
De amarillo feston sus ramas secas.

Y vi cuarenta siglos, cual soldados
De pánico terror sobrecogidos,
De aquel monte bajar precipitados,
Y huir y resbalar despavoridos.
Y víles luego hundidos
En las aguas del mar que se cerraron,
Cual losa de sepulcro, y ni siquiera
Por signo de inscripcion perecedera
Un efímero círculo trazaron.

Y quién les acosaba? Ni una rueda
Que soltara en su cumbre diestra mano,
Por el declive aquel de enjuta greda
Con mas velocidad bajara al llano.
¿Quién miedo tan insano
Pudo así derramar? Solo el vagido

Que en su inocente cuna un niño exhala,
Rumor tan apacible que aun no iguala
De tiernos corderillos al balido.

Y yo este Niño ví, le vi ya adulto
Clavado en una cruz por fiero encono:
Bramaba en torno de él maligno insulto,
Y él muriendo gemia su abandono.
Mas luego vi que un trono
Era la cruz plantada en aquel monte;
Resonaron cien gritos de victoria,
Y vi que iluminaba un sol de gloria
De confin á confin el horizonte.

Era este nuevo sol la faz del Cristo,
Y eje del mundo fué la cruz aquella:
Desque en la tierra el Hombre-Dios fué visto
El empíreo giraba en torno de ella.
De sus pies vi la huella
Estampada en el polvo mas menudo,
Y súbitos los vientos rebramaron,
Y contra ella soplaron y soplaron,
Mas borrarla su esfuerzo nunca pudo.

Del hoyo de la cruz cuatro raudales
Saltaron á la vez, y sus corrientes

Cayendo por los puntos cardinales
Cascadas parecian refulgentes.
Del monte las vertientes
Cubrió luego un tapete de verdura,
Y vi salir de lóbrega caverna
Feroces bestias que en la yerba tierna
Ensayaban su horrible mordedura.

De los futuros siglos estandarte
Alzábase la cruz; mas al momento
Se rebelaron ellos, y con arte
Y con furor minaban su cimiento.
Frustró su loco intento
El Cristo que la tuvo por su lecho,
Y de gloria radiante y Juez supremo
Llamó al rebelde ejército blasfemo,
Que de rubor velaba su despecho.

Yo vi pasar tres siglos, tres hermanos
En rostro semejaban y en figura,
De irritado verdugo eran sus manos,
Y de hambriento leon su catadura.
Romana vestidura
Y diadema de Césares ceñian:
Cuerpos sin corazon; sus pechos huecos
Ni al crujido del potro, ni á los ecos
De moribunda víctima latian.

Con sus palmas de hierro quebrantaban
Á los hijos de Dios, que riendo ledos
La sangre de sus miembros destilaban
Por entre la abertura de sus dedos:
Y ni estuvieron quedos
Hasta que un lago hirvió de humor sanguino,
Y embriagados de gozo furibundo,
Creyeron zambullir en lo profundo
El sol que á deslumbrar sus ojos vino.

Mas solo en aquel lago se ahogaron
Los dioses que abortó su fantasía;
Los ídolos de bronce que adoraron
La antorcha de la fe los derretia.
El olimpo crujia;
Befaba Roma al Júpiter proscripto,
Y Grecia sus mil fábulas diversas:
Apagarse su sol vian los persas,
Y á su buey pereciendo los de Egipto.

Y en los templos de númenes henchidos,
Donde el silencio no turbaba un voto,
Sonó el eco de lúgubres gemidos
Al emigrar los dioses de su coto.
Y vino un terremoto
Que del globo en la faz no se sentia,

Los templos derrocó, de sus escombros
Nuevos templos se alzaron, y en sus hombros
La baldonada cruz resplandecia.

Vencidos en tan larga y cruenta guerra
Los gigantes, sosten del paganismo,
El himno de la paz cantó la tierra,
Y un grito de furor lanzó el abismo.
Yo vi en el monte mismo
Parecer nuevo monstruo, la herejía,
Caos de sombra y luz; en sus pezuñas
Procuraba ocultar las fieras uñas
Que corvas hácia dentro recogia.

Falaz doblaba solo una rodilla
Ante el Cristo á quien mira de reojo,
Y en el trigo esparciendo vil semilla
Cubrióse el vasto campo de gorgojo.
Tenia abierto un ojo,
El otro sin pupila; y las astucias
Uniendo á la porfía, al claro acento
De la verdad un oido daba atento,
Y del error el otro á las argucias.

De pié delante el Cristo cara á cara
Osó mirarle con desden impío,

Y sin temer que un dia le juzgara,
Dijo en su orgullo: todo el mundo es mio.
Y luego de ancho rio
El dique levantó la ruda mano
De un siglo que seguia, y un torrente
Bajó del septentrion, y su creciente
Inundó las campiñas del romano.

Era un torrente de salvajes hordas
Que arrastraba en sus olas sus penates,
Y agitaba del sur las auras sordas
Con los cantos de Odin y de Teutates.
Cesó de los combates
El fragor y la sangre: las semillas
Del sembrador adverso recrecieron;
Mas los pueblos su tósigo escupieron,
Y ante la cruz doblaron dos rodillas.

Montado en corpulento dromedario,
Y lleno de la arena del desierto,
Vi un gigante acercarse temerario
Del fulgor de la luna allí cubierto.
Llevaba un libro abierto,
Formado con las hojas que arrancara
Á los libros de Dios y á los del hombre,
Y de profeta dábase el renombre
Por los sueños que en él intercalara.

Armado con su acero y su rapsodia
Los pueblos arrastraba en su camino,
Que bañara de aromas su parodia,
Y de sangre su alfanje damasquino.
Y brazo á brazo vino
Con el Cristo á luchar, y lucha impía
Y horrenda fué. De aliento desprovisto
Á las plantas al fin cayó del Cristo;
Pero muerto no estaba todavía.

Otro siglo despues aparecia
Que del Cristo rasgó la vestidura:
La parte que en sus manos retenia
Fué perdiendo su nítida blancura.
La cruz, que ilesa y pura
Sus brazos extendia en la montaña
Desde la roja aurora al occidente,
Amortiguó su brillo en el oriente
Como terso cristal que un soplo empaña.

Ante el Cristo, esplendor del Padre sumo,
Se alzó negro cual noche sin estrellas,
Un siglo que era ciego, y denso humo
En torno aglomeraba de sus huellas.
Ni pálidas centellas
La triste lobreguez que al orbe enluta

Pudieron penetrar; al pié del ara
Echada vi entre sombras una tiara
Por escabel de hermosa prostituta.

Y vi en profundo cieno sepultado
Este siglo fatal, y de improviso
De todas armas un coloso armado
Al fulgor del crepúsculo diviso.
Era el fulgor remiso;
Mas vi que las naciones soñolientas
Del Cristo á una voz se esperezaban,
La cruz en sus broqueles adoraban,
Y en el puño de espadas ya sangrientas.

Otro siglo ante el Juez fué pareciendo
Que cien manos á un tiempo removia,
Cada mano cien plumas dirigiendo,
Cada pluma cien libros escribia.
Y con risada impía:
«Tú vencido serás en esta guerra,»
Dijo á su Juzgador; mas él severo:
«Tú llevarás mi luz al mundo entero.»
Palenque de su lid es hoy la tierra.

La banda occidental del ancho monte
Que en mi ensueño fantástico yo via,

Cubierta era de niebla, y su horizonte
Confuso entre sus pliegues se perdia;
Y vi que la rompia
Un siglo emprendedor; un mar extenso
Y tierra mas allá vi con espanto,
Y adorar otro mundo el leño santo
Que brillaba al traves del mar inmenso.

Mas enfrente brotaban las malezas,
Y mermaban del monte los raudales:
Feroz hidra agitaba cien cabezas,
Y ponzoña vertia en sus cristales.
Los rayos celestiales,
De la alta cruz atmósfera y diadema,
Su brillo inmenso pálido volvian,
Y uno á uno de allí se desprendian
Como arrugadas hojas que el sol quema.

Fiero al par de bridon que se encabrita
Y resiste al ginete y rompe el freno,
Este siglo altanero solicita
La luz examinar del sol sereno.
Y en un lago de cieno
Que quiebra en ondas mil su linfa impura
Fuése á mirarle en cada roto espejo,
Sin ver que aquella luz era un reflejo,
Y que solo arde el sol allá en la altura.

Otro gigante vi, mas ay! ninguno
Tan feroz, tan horrendo habia visto;
Su frente alzaba sin pudor alguno,
De armas y fuerzas y rencor provisto.
Y dijo: «guerra al Cristo,
Aplastad al infame.» El hondo abismo
De espanto retembló y el alto cielo,
Y el monstruo prosiguió con loco anhelo:
«Guerra á Dios» y adorábase á sí mismo.

Con un compas el suelo iba midiendo,
Y observando las plantas y los mares,
Las auras y las piedras requiriendo,
Y abriendo de la tierra los hijares:
Del templo los pilares
Creyó que desplomar podia entónces,
Y abarcólos furioso con sus brazos,
Y dijo: «Veré al Cristo hecho pedazos,
De su obra al desquiciar los rudos gonces.»

Y dió un embion su pecho, y dió bramidos
De cólera su labio. Mas, ó pasmo!
Resisten los pilares conmovidos
De la rabiosa fiera al entusiasmo.
Entónces el sarcasmo
Que contra el Hombre-Dios lanzar le plugo

Que cayera temió sobre sí misma,
Y apeló de las flechas del sofisma
A la segur sangrienta del verdugo.

Y de sangre un torrente vi espumoso
Por la colina abajo rebramando,
Para cebar incendio pavoroso
Que estaba cien altares abrasando.
Estaba allí luchando
Aquella hoguera atroz en torvo duelo
Con la divina luz que el monte llena;
Mas derretir no pudo la cadena
Que eslabona la tierra con el cielo.

Sin rendirse murió, legando su obra
De horror y destruccion al que seguia,
Y yo el fin esperaba con zozobra
De tan cruda y sacrílega osadía.
Mas él no parecia,
Que del monte durmiéndose en la falda
De floridos rosales á la sombra,
Con el cuerpo oprimia muelle alfombra,
Con la sien deshojaba una guirnalda.

No era el sueño de plácida inocencia,
Quizas algun espectro le acosaba;

Mas el terco sopor de su indolencia
Del sueño á los deleites le tornaba.
Vi al Cristo que bajaba
Para tocarle con su pie divino,
Y él su rostro volvió por un instante;
Mas luego reclinólo, que inconstante
Teme encontrar y olvida su destino.

Tornó el Cristo á llamarle cariñoso:
Tornó el siglo á dormir en torpe holganza:
Yo temia un combate desastroso,
Yo anhelaba un abrazo por alianza.
Congoja y esperanza
Me agitaban al par: en este empeño
Extenderse vi súbito ancha niebla,
El monte de visiones se despuebla,
Y desparece el monte con mi ensueño.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TTT
1000